COLABORACIÓN
en
diversos periódi
cos. (III)
1919 - 1923-9

G.F.S. 206 -

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

GFS-206

Crónicas publicadas por Guillermo en LAS PROVINCIAS de Valencia con la firma de ITURALDE.

MAYO - 1923

NUESTRAS INFORMACIONES

16-5-923

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

EL PALACIO ENCANTADO

Cuantas personas, madrileñas o no, pasan por la plaza de Cibeles, hoy de Castelar, no tienen más remedio que extrañarse de ver siempre cerrado a piedra y lodo al elegante palacio que forma la esquina del paseo de Recoletos con la calle de Alcalá. La vida que dan a la hermosa plaza, en un lado el Banco de España, y en otro el edificio de Comunicaciones, contrasta con la quietud que en las esquinas opuestas presentan los solitarios jardines que dan acceso al ministerio de la Guerra y los cerrados balcones y puertas de dicho palacio, que no parece sino que está encantado y espera el poder de una varita mágica para despertar de su sueño.

¿Qué palacio es? ¿Por qué está mudo y triste, cuando ante él desfila siempre lo más animado de la población?

La explicación es sencillísima. Este palacio, uno de los más ricamente alhajados y más artísticamente decorados de Madrid, es el que fué conocido, durante muchos años, con el nombre de «Palacio de la Murga», y ahora, más corrientemente, con el de «Palacio de Linares». Fué construído por el inolvidable don José de Murga Reolid Anichilena y Gómez, marqués de Linares, de quien luego hablaremos, y en él se celebraron brillantísimas fiestas. Cuando el marqués murió en 1902, a los cinco meses de fallecer su esposa, pasaron el marquesado de Linares y el vizcondado de Llanteno a dos de sus sobrinos, ~~que son sus actuales poseedores~~: don Antonio Martín Nevot y Murga, que está casado con doña N. Montis, de cuyo matrimonio nacieron varios hijos, dos de ellos ya casados, y don Eduardo de Murga y Goicoechea. Pero la fortuna, que, al fallecer el marqués, se calculaba en unos treinta millones de pesetas, fué repartida, en virtud de su testamento, entre estos próximos parientes, varios Asilos e Instituciones benéficas, y la señorita doña Raimunda Avecilla, ahijada de los marqueses, que vivió con ellos durante muchos años. A ésta le correspondió el palacio de la plaza de Castelar, del que es actualmente su propietaria. *Mundita* Avecilla, como le decían familiarmente sus íntimos, siendo soltera, casó con don Felipe Padierna de Villapadierna y Erice, conde de Villapadierna, hermano del ~~actual marqués de Muñiz y de las~~ marquesas de Padierna y Erice. Por motivos de salud, los condes de Villapadierna residen la mayor parte del año en Málaga, y solo vienen a Madrid en muy contadas ocasiones. De ahí que su palacio esté siempre cerrado, guardando a la vista de propios y extraños las bellezas que atesora.

Suntuoso hemos dicho antes que es, y, en realidad, no hay hipérbole en la afirmación. Los marqueses de Linares, matrimonio ejemplar, cuyas virtudes principales eran la modestia y la caridad, construyeron este hermoso edificio sin omitir gasto alguno, protegiendo así a numerosos artistas y dando, durante muchos meses, trabajo a una porción de obreros. Tan verdad era su modestia, que, una vez terminado el palacio y trasladados ellos a él desde su antigua casa de la calle Mayor, ocuparon, para habitar, el piso segundo, que estaba sin alhajar y como dedicado a servidumbre, abriendo solo las estancias de los pisos bajo y principal para las fiestas espléndidas que organizaron en honor de las personas Reales y la sociedad madrileña. Tanto aquí como en Linares, Alhama, Paracuellos, Zarauz y otros sitios que frecuentaban, en donde tenían propiedades, eran adorados. No cesaban de prodi-

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

FUNDACIÓN JUAN MARCH
FERNANDEZ-SHAW
ARCHIVO

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

gar el bien, y prueba bien clara de sus sentimientos piadosos, es que dos terceras partes de su renta la invertían en obras de caridad. La marquesa, doña Raimunda Osorio y Arteaga, dama llena de virtudes, poseía uno de los más ricos guardajoyas de Madrid, y apenas lució sus prendas en tres o cuatro fiestas; gustaba más de emplearlas para adorno de las Vírgenes de su oratorio particular, cuyas sienes ceñía con sus diademas y cuyos mantos hacía bordar con su valiosa pedrería. Matrimonio compenetrado en ideas y en sentimientos, mereció el dictado, como pocos, de «padres de los pobres». En la calle de las Torres, hoy del Marqués de Valdeiglesias, tenía el marqués sus oficinas, a las que acudían los menesterosos de Madrid en tal número, que tenían que formar cola por la calle de los Infantes, y producían, a veces, verdaderos tumultos. En esta misma casa se hallan ahora las oficinas de la «Fundación Linares», que funciona, con fondos dejados por el marqués en su testamento, para proporcionar matrículas y libros y costear determinadas carreras a estudiantes necesitados, y para pagar títulos académicos de muchachos que hayan terminado brillantemente sus estudios y no tengan dinero para sacar aquéllos.

Tales fueron los marqueses de Linares, cuyo nombre perdurará en Madrid entre bendiciones. A ellos se debe la construcción de este palacio encantado en la plaza de Castelar, que suscita a diario la curiosidad de los pascantes.

Pero hablemos del palacio. Su fachada principal, que forma el chaflán, recuerda algo el estilo francés y es elegante de líneas, dentro de una severidad de concepción. Detrás del edificio hay un jardín, que ahora da un poco la sensación de abandonado, con algunas estatuas de piedra.

En el interior del palacio, dos son los pisos decorados a todo lujo: el bajo, que sus dueños llamaban entresuelo—por ser la planta de sótanos habitable,—y el principal. En el primero están los salones, la biblioteca y el despacho que fué del marqués. La biblioteca es una estancia amplia, con magnífica luz y con muebles muy cómodos. Las estanterías, llenas de libros, pregonaban las aficiones literarias del marqués y su amor a la cultura. De los salones, son los principales el de baile, el Luis XIV, el de fumar y el de billar.

Se halla inspirado el salón de baile en la severidad de líneas del Renacimiento, y su decorado responde a aquel criterio que solo admitía, artísticamente, lo sencillo y lo correcto. El de Luis XIV, en cambio, está decorado con arreglo a este estilo brillante y cortesano. El techo, pintado por Domínguez, es una alegoría de *La Poesía y la Música*. Toda la decoración es un derroche de lujo. Los *panneaux* de las paredes son de raso habana claro, bordados con sedas de colores. Las telas de los cortinajes son de brocado tejido con los mismos dibujos de los *panneaux*.

Vanidosos espejos, coronados de bucles de oro, adornan las paredes, y sillones de nogal tallado se alinean alrededor de la estancia. En el centro se halla un *borne* o diván, compuesto de cuatro sofás—con jardineras en los intermedios,—y coronado por una estatua plateada que soporta un haz de luces. Otras estatuas análogas, y varios candelabros de la época, completan la iluminación.

El salón de fumar tiene las puertas de caoba tallada, y el techo de artesones figurados por medallones con pinturas. Una chimenea de serpentina, con su juego de reloj, da frente al *credence*, especie de bargueño de estilo Renacimiento, en el que el marqués tenía siempre un arsenal de cigarros.

La inmediata sala de billar tiene paredes y divanes forrados con brocados de tonos azules. El techo es artesonado, y la mesa magnífica.

En este mismo piso entresuelo se hallan los que fueron alcoba del marqués, *boudoir* de la marquesa, alcoba principal, tocador, cuarto de baño y comedor, y uniendo unas y otras habitaciones, una preciosa «galería baja», adornada con banquetas de caoba forradas con tapiz de Aubusson, con figuras escultóricas de mármol y con una acertada reproducción de la *Baigneuse*.

La alcoba del marqués, tapizada de brocatel color oro viejo, tiene en su techo una magnífica pintura de Plasencia, titulada «El tocador de Venus». La cama es de palosanto, estilo Luis XVI. Una chimenea de mármol violeta de Italia, y una mesa de época con un artístico grupo en bronce, titulado «Confidencia», forman el principal adorno.

En la alcoba principal se reproduce el estilo Luis XVI. La pintura del techo, también del señor Plasencia, representa «La noche», simbolizada por una hermosa figura de mujer envuelta en manto negro y recostada en una nube. La cama es una joya. Está construída de palo de rosa y amaranto, con adornos de bronce cincelado. Tanto las colgaduras de la cama como las paredes y muebles, están revestidos por una tela de chupa de color de rosa pálido, que recuerda las clásicas casacas de la época de Carlos IV. Una serie de magníficos espejos, dos cómodas de la misma madera que la cama, una chimenea de mármol, un cuadro con una cabeza de Cristo, de Cleringer; dos *secretaires* y otros ricos muebles, forman el complemento apropiado de la cama.

Pasando el *boudoir* de la marquesa, admírase el techo, pintado por Ferraut, que representa «El genio de las Artes», y es una de las mejores obras de aquél. Muebles y muros se hallan decorados con telas Lampas de un color rosa pálido. En una vitrina, ricos *bibelots*, y sobre una chimenea de mármol azul turquesa, un juego de Sevres. La habitación del tocador tiene el mismo estilo Luis XVI, con telas color celeste. El tocador se halla coronado con un espejo sunfuoso, y la chimenea es de mármol de Carrara. El cuarto de baño, de mármoles blancos de Italia y obscuros de los Pirineos, tiene la pila labrada.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

En cuanto al comedor, su techo es obra de Gessa, y en los muros ostenta zócalos de nogal y tapices de Aubusson, representando fábulas de Lafontaine. Todo el mobiliario es de nogal.

Del piso principal, lo más notable es la «Galería pompeyana», cuya decoración fué un completo acierto de Ferraut. Flores, frutos, paisajes, geniecillos corriendo, acróbatas y bayaderas... Toda la gama de este arte tuvo allí feliz reproducción. En los extremos de la galería había dos estufas, donde la marquesa cuidaba las más delicadas y raras plantas.

En este mismo piso, están: otro comedor, decorado en estilo Renacimiento, la sala de confianza, en la que hay, entre otros cuadros, un «Tocador de guitarra», de Villodas, y «El vaso de agua», de Plasencia; el «recibo de arriba», en estilo Luis XVI, en el que se destaca una mesa de ónix de Argelia; el «dormitorio azul», donde hay dos camas de ébano y un precioso mobiliario de la misma madera, y otro tocador, cobijado por un techo pintado por Villodas y embellecido por porcelanas de Sajonia.

Esto y mucho más, que los límites de una crónica no permite apuntar, guarda el encantado palacio de don José de Murga.

ITURRALDE

LA MARCHA REAL

EL HIMNO NACIONAL ESPAÑOL

= 1923 =

En motivos del reciente viaje de los Reyes a Barcelona para recibir, oficialmente, el hermoso Palacio de Pedralbes, han vuelto a ser escuchados entre aclamaciones los sones

Los sones graves, acompasados y señoriales de la Marcha Real; majestuoso himno español tan criticado desde el punto de vista artístico, pero poseedor de un mérito que está por encima de las apreciaciones: el de llegar directamente al corazón de las muchedumbres, emocionándolas y dándoles una sensación de grandeza, perfectamente apropiada al momento en que se ejecuta y en consonancia con lo que simbolizan las personas en honor de las cuales suena.

La Marcha Real, monótona o gallarda, es, ante todo, el himno de la Patria. Se llama Marcha Real porque sirve para honrar la persona del Rey, supremo representante de España; por eso es marcha completamente nacional, y por eso, cuando en el extranjero se quiere tributar un homenaje a nuestro país o cuando se realiza un acto en honor de algún compatriota ilustre nuestro, sea de las ideas que sea, las notas de la marcha vibran en el ambiente con una elocuencia que tiene un extraordinario poder de evocación.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

En España no nos damos cuenta muchas veces de la importancia que para nuestros hermanos, que viven del lado de allá del Atlántico, tiene escuchar el patriótico himno. Es la tierra madre que surge de nuevo en la memoria, es el pasado hogar, quién sabe si también la familia lejana. Y las notas que nos son familiares, por habernos acompañado mucho durante nuestra infancia, llevan en sus ecos recuerdos entrañables de un ayer que pasó. La Marcha Real, en ese caso, produce íntima y consoladora melancolía.

Tan acostumbrados estamos en España a oírla, que no sabemos estimarla en todo su valor. La oímos cuando saluda la llegada del Rey o de una Reina; cuando ante nosotros pasa la bandera, sagrada enseña de la patria, y cuando nos postramos de hinojos ante el Santísimo Sacramento. Sus acordes nos hacen descubrirnos reverentes. ¿No es todo esto testimonio de su grandeza?

Los extranjeros rinden a sus himnos nacionales aún más homenaje que nosotros. Unos son ¿por qué no reconocerlo?, más vibrantes que el nuestro, pero otros no; mas como el motivo que a tal homenaje les mueve no es que la música sea más o menos bonita, sino lo que los himnos simbolizan, todos coinciden en demostrar ante ellos el más respetuoso acatamiento. Y lo mismo los ingleses con el «God save the King», que los franceses con la «Marsellesa», que los belgas con la «Brabançonne», y que los alemanes, antes por lo menos, con el Himno Imperial, no solo escuchan en pie y descubiertos las notas de unos y otros, sino que los acompañan, cantándolos, con letras oficiales algunas veces, o con textos propios otras, inspirados en sentimientos y anhelos populares. En esa actitud, ante las músicas que representan a sus pueblos, nos dan los extraños, frecuentemente, una lección que pocas veces dentro de la Península sabemos aprovechar.

* * *

Conocidísima es la historia de la Marcha Real española. El Rey Carlos III, a quien tantas cosas buenas debemos, quiso una vez que el ejército español siguiese la misma táctica del de Prusia, y comisionó, para estudiar la organización y desarrollo de aquél, al conde de Aranda, que era, a la sazón, ministro de Estado.

En la corte de gran Federico de Prusia permaneció el famoso político español una buena temporada, trabando amistad con numerosos personajes influyentes alemanes.

El Rey prusiano, al recibir un día al conde de Aranda y conocer los deseos de nuestro Rey, le manifestó que la táctica de su ejército estaba basada en los consejos de un libro español titulado *Consideraciones militares*, escrito por el marqués de Santa Cruz de Marcenado, razón por la cual él consideraba que tenía contraída con España una deuda de gratitud.

«En esa obra—dijo Su Majestad—he aprendido toda la ciencia bélica que sé. Decid a vuestro Soberano que será para mí un gran placer poder corresponder de algún modo a tal beneficio obtenido.»

El conde de Aranda, en efecto, obtuvo para el desempeño de su cometido toda clase de facilidades, y cuando ya terminado el cumplimiento de su misión acudió a Palacio para despedirse de Federico de Prusia, éste le volvió a recordar el libro de don Alvaro de Navia Ossorio, y le entregó un rollo de papel, exclamando: «Tomad, señor ministro, esta marcha militar que tenía destinada para honrar mi persona.»

Esta marcha, que fué llamada desde el primer momento «Marcha Real», con el aditamento de «fusilera», gustó mucho a Carlos III, que la agradeció sobremanera, declarándola marcha de honor española, por real decreto dado en San Ildefonso en 3 de septiembre de 1770.

Un año antes; en octubre de 1769, el maestro de la Real Capilla, don Manuel Espinosa de los Monteros la había instrumentado, modificándola en parte, con tendencia a simplificarla. Esta versión fué la que se adoptó como verdadera marcha granadera o real y la que desde entonces se considera como himno español.

La «fusilera», tal y como la trajo el conde de Aranda a España, fué más tarde instrumentada para banda moderna, y es la que toca la banda del Real Cuerpo de Alabarderos, con acompañamiento de pífanos, en las solemnidades palatinas.

En 1870, o sea un siglo después del decreto de Carlos III, hubo un movimiento contra la «Marcha Real», por estimarla anticuada y pobre de línea melódica, y se abrió [illegible] para sustituirla por otra «marcha nacional»; pero de los 447 concursantes que se presentaron, ninguno obtuvo el premio. Hubo sí, algunas composiciones muy notables, pero se consideró que ninguna aventajaba a la existente en tal grado que justificase su cambio.

Desde entonces sigue siendo el único himno nacional; himno que supo convivir—para triunfar—con el Himno de Riego, que logró sobrevivir a la «Marcha de Cádiz», y que en la actualidad, manteniéndose en su puesto, comparte con la inspirada «Canción del soldado» los favores del patriotismo popular.

Así como la «Marcha de Infantes», con que se rinden honores a Sus Altezas Reales, es, por lo ramplona, machacona y vulgar, digna de ser sustituída por cualquier bonita composición que pudieran hacer nuestros músicos, la real o granadera, metida ya en el oído del pueblo, y de una solemnidad innegable, merece el noble y alto papel que por deseo de Rey de Prusia le fué confiado.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

No es esta, sin embargo, la única marcha que suena en Palacio al paso de Sus Majestades. En los desfiles de la comitiva regia para las capillas públicas, la banda de Alabarderos tiene en su repertorio, además de la «fusilera», seis o siete composiciones de este género: la de «Romeo y Julieta», la de «Jerusalén», la de «Egmont», de Beethoven, la del «Profeta» y sobre todo, la del regimiento ruso de Preobrajenski, que es muy bonita y tiene general aceptación.

...

Un defecto tiene la Marcha Real española en comparación con otras extranjeras, y es la falta de letra oficial; esa letra que todo el mundo aprende desde pequeño y sobre la cual no medita luego sino para encontrarla simpática, bella y nobles ideales; esa letra que por lo mismo que viene tradicionalmente impuesta de generación en generación, no admite los ataques de la crítica, o por lo menos, no recibe mella sensible. Los himnos nacionales extranjeros tienen su letra oficial y ésta se aprende en las escuelas, muchas veces, y en las calles casi siempre. Es como la letra de las canciones populares: llenas de incorrecciones, pero sanas, espontáneas y vibrantes.

Esto no se puede ya remediar. Lo que sí se puede hacer es procurar que la marcha tenga un texto digno y sonoro y, a ser posible, poético, que en unos años logre lo que aquella letra hubiese conseguido. Pensando en eso, Su Majestad el Rey, y deseoso de que nuestro himno nacional pudiese ser alguna vez cantado con una letra elevada y noble que transmitiese a las almas el fervor patriótico que la música inspira, habló de ello cierto día al ilustre poeta don Eduardo Marquina, catalán ilustre, cuyas obras épicas y cuya musa heroica le garantizaban un completo acierto en la realización del regio deseo.

El autor de *Las hijas del Cid* y de *En Flandes se ha puesto el sol*, aceptó el encargo y llevó a la práctica la idea del Monarca, escribiendo doce o catorce composiciones ajustadas a la melodía de la Marcha Real, empeño difícil, del que solo podía salir airoso un poeta de los vuelos del señor Marquina, dadas las dificultades a que antes nos referíamos.

Muy del agrado de don Alfonso fueron las estrofas del señor Marquina, y especialmente tres o cuatro, que por expreso mandato regio, se cantaron por vez primera por el Orfeón de Azcoitia, dirigido por el P. Otaño, en las fiestas que hace un año se celebraron en Burgos, con motivo del Centenario del Cid.

Fueron cantadas, entre la general emoción y el unánime aplauso las tituladas «Fuente de acción», «Intacta Mater», «Dulce patria» y «La bandera».

La primera, de verdadero poeta, no podemos resistir a la tentación de reproducirla.

Dice así:

«Danos, patria, las armas de Cantabria,
y el valor del Cid;
¡queremos campear!
Danos, patria, la lanza del Quijote,
de Teresa, de Dios,
¡queremos delirar!

Nuestra bandera queremos tejer;
¡danos la rueca de oro que movió Isabel!
Más que los siglos queremos durar;
¡danos tu barro, España, que será inmortal!»

La titulada «La Bandera», es también muy bonita:

«¡Gloria, gloria!... ¡Corona de la patria,
resplandor marcial,
que es oro en tu pendón!
¡Vida, vida!... Futuro de la patria
que, en tus ojos, es
abierto corazón
¡Púrpura y oro, bandera inmortal!
En tus colores, juntos cielo y tierra están.
¡Púrpura y oro! ¡Luchar y triunfar!
¡Tú eres, bandera, el sello del humano afán!»

...

No sabemos si estas letras de alto sentido espiritual habrán sido adoptadas ya, como merecen, por los cuerpos militares, desde luego para que quedasen grabadas en el corazón del pueblo habría que enseñarlas y cantarlas en las escuelas y colegios. Los niños las aprenderían jugando y ¡quién sabe los frutos que, en su día, podría dar tan sencilla siembra!

Mientras tanto, la Marcha Real sigue cumpliendo su misión de honrar al Rey, como expresión suprema del alma nacional.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

CON MOTIVO DE UNA BODA

LOS NIETOS DE NARVAEZ

Uno de los últimos acontecimientos más gratos para la Sociedad madrileña ha sido, sin duda alguna, la boda de la señorita de Ogyendo.

La bella señorita Matilde Narvaez y Ulloa, hija del matrimonio de don Ramón Narvaez y del Aguila, marqués de Ogyendo y doña Ramona de Ulloa y Calderón, ya difunta, hija que fué de los marqueses de Castro Serna, ha unido su juventud á la de don Antonio Perez de Herrasti, conde de Antillón, primogénito de la marquesa de Albayda.

En otro lugar de este número se da cuenta de este enlace, en el cual la señorita de Ogyendo no ha hecho sino seguir el ejemplo que hace dos años le dió su hermana María, al contraer matrimonio con don Alfonso Diez de Rivera, hijo del marqués de Valeriola, conde de Sanafé.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Con motivo de la boda de ahora, la señorita Matilde de Narváez recibió

innumerables regalos e incontables manifestaciones de afecto, y la señorial residencia del marqués de Oquendo, en el Paseo del Cisne, se vió durante varios días concurridísima por los numerosos amigos de la noble familia, que acudieron a ver la canastilla de boda.

Noble familia he dicho, y en verdad que bien pueden ostentar la calificación de nobilísimos los herederos de aquel famoso capitán general de nuestro ejército, que fué durante una época árbitro de los destinos de España, y cuyos méritos y servicios fueron recompensados con la concesión del ducado de Valencia, en 1847, o sea cinco años después de su matrimonio con la distinguida dama francesa doña Alejandrina Tascher. Y si bien no tuvo de ella hijos, don Ramón María Narváez—careciendo por tanto de sucesión directa,—los hijos y sucesores de su hermano fueron de hecho los continuadores de su nombre y representantes de su prestigio, puesto que son los que sienten correr por sus venas la misma sangre de aquel político y soldado que floreció en uno de los períodos más turbulentos de nuestra historia contemporánea. Son ellos—los que ahora ostentan los heredados títulos,—los verdaderos nietos de Narváez. Son ellos los que hacen surgir en nuestra imaginación, al conjuro de su apellido, la figura del ministro de Isabel II.

¿Quiénes forman hoy la ilustre familia? Como jefe de la casa aparece el actual duque de Valencia, nieto del segundo duque don José María Narváez y Porcel, que ostentó también los títulos de la Cañada Alta y vizconde de Aliatar. Este prócer casó con doña Concepción del Aguila y Ceballos, marquesa de Espejo, de cuyo enlace nacieron cuatro hijos: don José María, que fué luego duque; don Ramón, que es el actual marqués de Oquendo; doña María de la Concepción y doña María del Rosario.

Don José María Narváez y del Aguila fué un aristócrata cuya caballerosidad y simpatía eran proverbiales en Madrid. Su figura erguida y su noble rostro, acompañado de grandes barbas blancas, se recordarán aquí siempre con gran afecto. En 1915, hace siete años, falleció el tercer duque de Valencia, pasando el título a su primogénito, el actual duque, don José María Narváez y Pérez de Guzmán el Bueno, habido en su matrimonio con doña María Luisa Pérez de Guzmán el Bueno y Gordón, hermana del actual conde de Torre-Arias.

El IV duque ~~es muy joven y~~ , que une a los títulos de su abuelo el de marqués de Oviaco. ~~Está~~ , está casado con doña María del Carmen Macías y Ramírez de Arellano, hija del teniente general Macías, de la que tiene ~~dos~~ varias hijas. ~~María Luisa y~~ [illegible]. Hermano suyo es don Ramón Narváez, que vive con su madre, la duquesa viuda de Valencia.

El marqués de Oquendo—tío, por lo tanto, del actual duque,—recuerda en su señoril figura la de su hermano mayor; pero su barba, redonda y ancha, dista aún mucho de ser toda blanca. Es maestrante de Granada y tiene de su matrimonio con la finada doña Ramona de Ulloa, los siguientes hijos: don Luis María, casado ~~el año pasado~~ hace tres años con una señorita de Coello de Portugal, nieta del conde de Pozo Ancho del Rey, que fué secretario-tesorero de la Infanta doña Isabel; doña María de la Concepción, doña Matilde, ~~[illegible]~~ que es la ya condesa de Antillón, doña María del Dulce Nombre,

(Sigue)

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

que es la señora de Díez de Rivera, y don Alfonso, cuya boda con la señorita Mercedes Patiño y Fernández Duran, hija de los marqueses del Cartelar, está anunciada para el próximo mes de diciembre.

Las dos hermanas del anterior duque de Valencia y del marqués de Oquendo, ostentan también nobles títulos. Doña María de la Concepción Narváez y del Aguila es la marquesa de Cartago, distinguida dama, cuyas obras piadosas son constantes, y doña María del Rosario es la esposa de don Buenaventura Piñeyro y Aguilar, barón de Molinet, tío carnal del actual marqués de Bendaña.

—

Tales son los Narváez que hoy traen a nuestro recuerdo la figura del caudillo, todo energía y entereza, autor de la famosa frase «gobernar es resistir», que suscitó en torno suyo las más entusiastas admiraciones y los más apasionados enconos. Y ya que del gran Narváez hablamos, bueno será que recordemos, en atención a la nunca bastante ponderada amenidad, dos anécdotas, de cuya autenticidad nos responden prestigiosos historiadores. Refiérese la una al Narváez impulsivo y enérgico; la otra al Narváez enamorado.

Hallándose el general en París, y siendo ya un hecho sus relaciones con la hija de los condes de Täscher de la Pagerie, invitáronle éstos a pasar una temporada en un castillo que poseían en las inmediaciones de la capital. Aceptó Narváez, y como a los postres de la primera comida los comensales, entre los que se encontraba un coronel francés, le rogaran que contase sus hazañas, empezó por referir cómo en 1823, en lucha con los franceses, había caído prisionero de éstos, que le condujeron, en Lille, a un estrecho calabozo. El coronel, valido de la confianza con que allí se trataba ya a Narváez, exclamó al oír lo del calabozo: «Alguna fullanguería cometería usted...» Nunca lo hubiera dicho, ni aun en tono de broma. De pie, rojo de ira, protestó contra esta frase y pronunció otras violentísimas contra el coronel, contra el ejército francés y contra Luis Felipe. Y después, sin aguardar a más, salió de la casa, y con su fiel criado «Bodega» se alejó por el camino a paso largo para esperar la diligencia de París. Allí nombró sus padrinos al general Córdova y a don Patricio de la Escosura, quienes le impusieron la condición de que había de retirar sus ofensas al Rey y al ejército. Así lo hizo; y la cuestión quedó limitada al coronel. Este segundo punto también se arregló luego; pero lo que estuvo a punto de desarreglarse fué el matrimonio, pues los condes de Tascher quedaron gravemente ofendidos. Sin embargo, como en el fondo Narváez no había tenido propósito de ofender, puesto que solo procedió dejándose arrastrar por su carácter violento—que tantas otras veces le sirvió de mucho,—y como la muchacha estaba de verdad enamorada de él, no tardaron las aguas en correr de nuevo por su anterior cauce, y no se hizo esperar luego la solemne ceremonia de la boda en París.

Pero si ese fué Narváez en buena parte de sus actos, hubo otros muchos en su vida que nadie hubiese podido creerlos, a no ser por la existencia de documentos que lo acreditan. Su esposa logró, en los primeros años de su matrimonio, transformar aquel fiero león, que a sus enemigos imponía, en un corderillo atento a sus más fugaces caprichos. Así, las cartas que desde Madrid escribía a su esposa, que se hallaba en París, reflejaba ese cambio. La llama *bique* o *biquí*, cariñosamente, y en las cosas que le dice o le encarga, se ve al gran hombre preocupado por detalles pequeños. ¿Se concibe a Narváez, en plena Presidencia del Consejo, «rodeado de tantos enemigos como vivientes» había en Madrid, según frase propia, preocupado en la cuenta del sastre y del zapatero y hablando de unas peladillas que le había traído a Madrid la marquesa de Miraflores? Y unos meses después, cuando la esposa vino a la Corte y fué nombrada dama de la Reina, Narváez, convertido en Príncipe de Tascher de la Pagerie, como sus adversarios le llamaban únicamente, pareció más de una vez un mozalbete tímido junto a su bella y aristocrática consorte. ¡Debilidades de los grandes hombres!

Y es curioso recordar el hecho de que este mismo ilustre general, que fué tenido durante mucho tiempo como símbolo de dictador o poco menos, políticamente hablando, se sintiera, no ya en sus relaciones amorosas esclavo humilde, sino en cierta ocasión poeta enamorado de la libertad. Fué en un banquete de la milicia nacional en Cuenca. Narváez, cuyo nombre estaba entonces

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

en auge por la heroica aureola que le circundaba después de su herida en la batalla de Arlabán, escribió al final del banquete unos versos que recitó... y que le valieron la orden de detención del gobierno; orden que no llegó a cumplimentarse, por haber surgido, de pronto, una crisis política. La poesía en cuestión fué un soneto, cuyo último verso decía: «¡Viva la libertad y el despotismo muera!»

Pero los tiempos cambian. Hoy los nietos de Narváez, educados en el ejemplo de los méritos del caudillo, pero sin participar de sus exaltaciones y violencias, son, como él, sinceros patriotas, y han hallado en su cultura y en sus temperamentos equilibrados, los timbres más preclaros para poder seguir honrando el título y el apellido de quien los hizo famosos.

Ahora, el marqués de Oquendo, su más cercano representante, por ley de la edad, es la encarnación del noble aristócrata español, que se preocupa por los problemas sociales y que estima—no en un arrebato de poeta, sino reflexivamente—la libertad como algo inherente a la naturaleza humana.

Así, ~~el otro día, cuando el que~~

hace dos años cuando el que esto escribe

~~esto [illegible]~~ se hallaba con él en su despacho—una severa estancia decorada con muebles de estilo español, con una imagen del Greco y con un cuadro de velazqueña traza,—y le hablaba de los regalos que, según la prensa, había recibido su hija María, al casarse, decía con voz convencida: «He estado preocupado, ~~[illegible]~~ con la publicación de esa lista de regalos. ~~Temo~~ Creo que su lectura, por el público en general, es más bien perjudicial que beneficiosa. El obrero que lee que a la hija del marqués o del conde de Tal le han regalado esto o lo otro, no puede menos de pensar en la desigualdad humana y se siente poco menos que anarquista. Y sin embargo, no tendría razón. Si a ese mismo obrero se le dijese que con estos derroches de lujo se mantienen multitud de industrias, en las que hay empleados millares de operarios, acaso pensaría de otro modo. Y merecen ellos que trabajan esas explicaciones, ya que de su labor disfrutamos todos aquellos a quienes la Providencia puso en otro plano social.»

Nada tan sensato. El marqués de Oquendo, don Ramón Narváez, sabe ser al mismo tiempo digno representante de pasadas glorias y hombre moderno de ideas propias. Por eso ocupa un lugar distinguido entre la actual nobleza de España.

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

[illegible] de junio

Con motivo de una boda

Los marqueses de Viana y sus residencias españolas

El matrimonio de la bella condesa de Torre Hermosa, hija de los marqueses de Viana, con el primogénito de los duques de Doudeauville ha hecho que se pongan de relieve las muchas simpatías con que cuentan en la Sociedad madrileña tanto la novia como sus ilustres padres.

Por la residencia ~~—~~ de los marqueses de Viana, en la calle del Duque de Rivas, han desfilado las más distinguidas personas de Madrid, asociándose á la felicidad de la condesa de Torre Hermosa.

—— (pleca)

Doña Leonor Ramírez de Saavedra y de Collado es, en efecto, una de las señoritas aristocráticas más dignas de admiración por su belleza, talento y simpatía. Es la hija menor de doña Mencía de Collado y del Alcázar Vera de Aragón y de don José Ramírez de Saavedra y Salamanca, marqués de Viana, caballerizo y montero mayor de S. M. el Rey. Son hermanos, por tanto, de la encantadora novia el marqués de la Coquilla, Oficial de la Marina española y doña Cármen, marquesa de Villaviciosa, por su enlace duquesa de Peñaranda y condesa de Montijo.

La residencia de los marqueses de Viana en Madrid, ha sido, como antes decimos, muy visitada estos días; ello quiere decir que ha sido muy admirada, pues el antiguo Palacio, heredado de sus mayores, en que viven, ha sido, en fecha reciente, magníficamente reformado, teniendo sus

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

salones la suntuosidad y la elegancia propias de sus nobles moradores.

El interés de la aristocrática mansión es, además, desde el

~~es, desde el~~ punto de vista artístico, extraordinario. Basta decir que a la belleza y carácter del edificio, que remonta su origen a la época de los Reyes Católicos, únense las obras de arte que decoran sus estancias, tales como valiosos cuadros debidos a los grandes maestros, tapices flamencos, viejos bordados, armas históricas y porcelanas de Museo.

Lo primero que encuentra el visitante de los marqueses de Viana, al entrar en el palacio, con poco que se aventure en él, es un bello patio andaluz, en cuyo centro hay una vieja fuente, rodeada, cuando la época es propicia, de claveles y geráneos.

Un segundo patio ofrece aún más encanto que el anterior. Lo decoran varios magníficos tapices de la casa y unas sillas de laca; de esa laca que fué tan del gusto del siglo pasado, cuando por el cruce de los viajes a China y Filipinas, nos llegó la moda de las *chinoiseries* y de las japonerías. Y por una breve escalera, cuyo zócalo forma un papel negro y amarillo, muy original, se pasa al jardín, del que más adelante hablaremos.

Antes de llegar al segundo patio se halla un espléndido salón Renacimiento, recientemente terminado, que es por hoy, la estancia más interesante de la casa. Trátase de una ancha y cómoda pieza, con techumbre de antiguas vigas que descansan sobre zapatos labrados, que armonizan perfectamente con la traza de la preciosa chimenea, del estilo indicado y con unos preciosos relieves en piedra de Sepúlveda, que se deben al notable artista señor Castaños.

En uno de los relieves destácanse símbolos y emblemas de la civilización romana, y en otro, una alegoría del cuerpo de artillería, al que, como es sabido, pertenece el marqués de Viana. Entre los adornos más valiosos de este salón figuran dos grandes cuadros del ~~inolvidable~~ Sorolla. Es uno un retrato de la Reina doña Victoria, asomada a un palco o a un balcón. La Reina, para subrayar su afecto a la familia del caballerizo mayor de Palacio, se dignó escribir con su propia mano la dedicatoria en el lienzo. El otro cuadro es el retrato de la hija mayor de los marqueses, o sea de la actual duquesa de Peñaranda. El arte ~~de Sorolla~~ está allí patente, dando vida a la belleza y a la elegancia de la que, cuando se retrató, se llamaba aún Carmen Viana.

inolvidable

— del gran pintor, infortunadamente desaparecido,

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Otros dos lienzos que aparecen en el mismo salón tienen especial interés, por ser obra de don Angel Saavedra, duque de Rivas, cuya afición a la pintura le permitió, como es sabido, ganarse la vida durante los tiempos en que vivió emigrado en Londres. Uno de los lienzos es un autorretrato muy acertado de parecido y de expresión. Otro es un grupo en el que aparecen el duque, la duquesa y sus dos hijos mayores, Octavia y Enrique. La contemplación de este cuadro sugiere una inmediata evocación de lo que fué, en pleno período romántico, el hogar de los duques de Rivas.

Junto a tales pinturas, ocupa el lugar que por su mérito le corresponde, un cuadro de Goya. Es un retrato de la que fué Infanta doña Isabel primero y Reina de las Dos Sicilias después. Y es curioso el contraste que ofrece esta Infanta del siglo pasado, frente a la figura de la duquesa de Peñaranda, tan de este siglo, destacada sobre un fondo gris, con traje negro de volantes y tocada la gentil cabeza con negra mantilla de «casco» en fondo de raso blanco y con alta peineta de concha. Al comparar unas y otras pinturas, en el hermoso salón Renacimiento, se llega a la conclusión de que si admirable fué el arte de Goya, no menos digno de admiración es el de ~~un gran pintor valenciano~~ Sorolla cuya paleta luminosa ~~la~~ sorprendió en ésta, como en todas sus obras, el secreto del hogar y de la vida.

Otro de los salones más interesantes y característicos del palacio es el que copia una de las estancias del Palacio del Pardo. Es bajo de techo; la escocia está perfectamente reproducida de aquella regia residencia; o, acaso también, de uno de los salones de la Casa del Labrador en Aranjuez, y las sedas que tapizan sus muros están hechas en Valencia, copiando tejidos antiguos. Sobre ellas destacan tapices de Goya y de Teniers, copias de los que existen en los Sitios Reales, y que son, por cierto, una de las más notables reproducciones de dichos tapices que han salido de la Real Fábrica de Madrid.

Otro hermoso salón es el que se halla en la planta baja, cerca de la entrada. Sobre su suelo se extiende rica alfombra de la Alpujarra. Sus muros aparecen tapizados con sedas del siglo XVI, y sobre ellos destaca una colección de retratos de los Reyes de la Casa de Borbón, desde Felipe V hasta don Alfonso XIII; retratos que llevan las firmas de Goya, Mengs, Madrazo, don Vicente López y Sorolla. El último retrato de la serie es, como es lógico, el de nuestro actual Monarca, y consiste en una hermosa cabeza, que don Alfonso XIII dedicó a su caballerizo mayor. Al terminar el pintor su obra, el Soberano tomó el pin-

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

cel, y con él trazó la dedicatoria: «Al marqués de Viana, *Alfonso*», de modo semejante al que empleó el Rey Felipe IV, pintando sobre la ropilla de Velázquez la cruz de Santiago al terminar el gran artista su cuadro «Las Meninas». En el mismo salón se admira un precioso Crucifijo de porcelana del Retiro.

Pero no son éstas solas las estancias interesantes del Palacio. En el llamado «salón de las batallas» están los cuadros que reproducen aquéllas en que tomaron parte los ascendientes de los Ramírez de Saavedra. ¡Batallas de Lovaina, Tionville, Norlinga y Güeldras! Nombres todos que tanto sonaron en las guerras de Flandes y que, de nuevo, tuvieron triste actualidad en la reciente trágica guerra.

En la visita a los señoriales salones, hay que admirar también el retrato del conde del Castellar, marqués de Rivas, ascendiente de la ilustre familia, notable copia del original de Murillo, que posee el duque de Medinaceli; la famosa colección de Bruegal el joven; el puñal de Boabdil el Chico; una mesa de plata repujada, por la que daría cualquier cosa un extranjero, y otras muchas bellezas.

Sobre su carácter y sus primores artísticos ofrece la señorial mansión otra nota de interés: la de que, al cabo de cuatro siglos, el palacio que edificaron en la época de los Reyes Católicos la insigne doña Beatriz Galindo, nombrada *la Latina*, y su esposo don Francisco Ramírez, general de artillería de aquellos Soberanos, venga a ser ocupado, en estos tiempos, por descendientes de los propios Ramírez de Saavedra.

Si interesante es el palacio madrileño de la calle del Duque de Rivas, no lo es menos la poética residencia de los marqueses de Viana en Córdoba. Llámala el vulgo la «Casa de las Rejas de don Gómez», y la razón de tal título está en que tiene el edificio unas antiguas rejas andaluzas muy valiosas, y en que fué mansión de don Gómez de Figueroa. Patios, galerías y salones, todos son, típicamente andaluces, evocadores de poéticas leyendas. Los patios de la casa son catorce, y en todos hay jardines; la mayoría de ellos pertenecen al siglo XV. De ellos merecen citarse: el de la Madama, en cuyo centro una estatua de mármol surge melancólica bajo las frondas de los árboles centenarios; el de los Naranjos, cuyos dorados frutos forman el más encantador adorno; el de los Bojs, que asombra por la antigüedad de sus árboles; el Principal, grande y bello con sus cuadros enmarcados por azulejos azules, y el de las rejas de don Gómez, que dan nombre a la casa. De los hermosos salones

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

de ésta, es muy curioso uno de ellos, con pinturas murales que representan la historia de Tobías y el Arcángel, restauradas recientemente con delicado esmero. También merecen mención las estancias del piso principal, con soberbios artesonados de la época del Renacimiento, unos; con decorado y mobiliario de la época de Carlos IV, otros, y con muros tapizados de viejos damascos de color *prelado*, el mayor. Los jardines árabes que circundan el palacio son deliciosos.

Otra mansión señorial de los Viana es la casa de Moratalla. Allí poseen, como es sabido, una espléndida finca de caza, que está dotada de toda clase de comodidades modernas. El Rey ha ido mucho a Moratalla, unas veces de cacería, y otras para tomar allí parte en partidos de *pólo*. También la Reina doña Victoria ~~estuvo allí el año pasado~~ ha estado varias veces. La casa de Moratalla es, asimismo, hermosa y se halla decorada, en estilo más campestre, con el mismo buen gusto que las de Madrid y Córdoba.

Con la boda de la condesa de Torre Hermosa, los salones del Palacio madrileño de los marqueses de Viana han adquirido, de nuevo, inusitada animación. El viejo caserón de los Saavedra ha sido animado por un soplo de juventud. ¡Felices las damas y las cosas, cuando se sienten rejuvenecer por obra de la juventud y el amor!

Diego de Miranda

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

FAMILIAS DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

LOS CONDES DE LA VIÑAZA

1923

Con motivo de la enfermedad que días pasados ha padecido la condesa de Xlovera, se han puesto de relieve una vez más las simpatías de que disfrutan, tanto ella y su esposo, como sus padres los ilustres condes de la Viñaza. Por fortuna, la distinguida dama se halla restablecida y al interés que su estado inspiró han sucedido ahora las felicitaciones de cuantos sinceramente se asocian á la alegría de la noble familia.

Los condes de la Viñaza y sus hijos son, en efecto, de las aristocracias españolas que más simpatías y respetos gozan. Pocos matrimonios que ha sabido honrar á España en el extranjero y en su patria, bien merece unas líneas, si no de alabanza, de justicia.

Don Cipriano

Don Cipriano Muñoz y Manzano, conde de la Viñaza, nació en la Habana, perteneciendo a una distinguida familia aragonesa. Su padre, don Cipriano Muñoz Ostaled, obtuvo el condado, como recompensa a sus méritos, en 1872. Diez años después, el título pasó a poder del actual conde, a quien don Alfonso XIII, en 1910, concedió como premio a los servicios prestados al país, la grandeza de España.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Desde muy joven, el conde de la Viñaza demostró gran afición por el estudio. En la Universidad de Zaragoza cursó la carrera de Filosofía y Letras, doctorándose en la Central. Siendo estudiante, y contando solo diez y ocho años, se dió ya a conocer en la capital aragonesa, publicando un estudio crítico sobre el teatro de Calderón, basado principalmente en el estudio de «La devoción de la cruz». Eran los días en que los jóvenes que comenzaban a escribir acudían llenos de entusiasmo a las controversias y luchas literarias. Poco después pronunció en el Ateneo zaragozano un discurso con motivo del segundo centenario de Calderón.

Siguió cultivando sus aficiones, y a los 23 años comenzó a publicar una serie de trabajos de erudición, tan notables y tan interesantes, que atrajeron la atención de los más prestigiosos críticos y suscitaron su aplauso. Y esos primeros trabajos anunciaban ya—según el gran don Francisco Silvela dijo años más tarde en su contestación al discurso de recepción del conde en la Academia Española,—«al investigador infatigable de noticias literarias, al crítico imparcial y al historiador escrupuloso y entusiasta bibliógrafo que ha aumentado con preciadas joyas el tesoro de la filología nacional.»

Y otro sabio maestro, también fallecido, el Padre Mir, no dudó en trazar estos renglones ante la magna obra bibliográfica que a los treinta años había hecho ya el conde de la Viñaza: «Hermoso espectáculo el que ofrece un joven que, estando en todo el brío de su mocedad, llevando un título de nobleza y gozando de posición desahogada, emplea los alientos de su juventud y las ventajas que le presenta su estado, no en devaneos y pasatiempos peligrosos, sino en ocupaciones que levantan la mente y ennoblecen el corazón.

Varias obras le fueron premiadas a don Cipriano Muñoz antes de su ingreso en la Academia, y muchas las muy interesantes que escribió. Son, desde luego, de gran mérito, las tituladas *Goya, su tiempo, su vida y sus obras*, monografía del poeta *Aurelio Prudencio Clemente*; *Obras sueltas de Lupercio y de Bartolomé Leonardo de Argensola*, con anotaciones; *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, que obtuvo el premio en un concurso de la Biblioteca Nacional; *Colección de libros filológicos* de los siglos XVI y XVII, y *Memoria del Congreso Internacional de orientalistas en Lisboa*. Pero sus dos obras principales, aquellas que sin otra labor hecha le hubieran llevado por sí solas a la Academia, la *Biblioteca histórica de la filología castellana*, y su complementaria titulada *Adiciones al Diccionario de los más ilustres profesores de las Bellas Artes de España*. El primero, sobre todo, que consta de tres libros, es la obra de un gramático y de un historiador reunidos, pues no solo estudia las transformaciones experimentadas por la lengua castellana, sino que expone todo un curso gramatical y aporta una verdadera riqueza al

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

Diccionario. Puede decirse que esta obra, que obtuvo premio, fué la que principalmente abrió al conde de la Viñaza las puertas de la Academia. También fué muy erudito e interesante el discurso de ingreso en ésta sobre los cronistas de Aragón, desde Zurita a Samper.

El hecho de poseer el griego, el latín, el árabe, el hebreo, el sánscrito y la mayoría de las lenguas vivas de Europa, hizo, además, que su entrada en la Academia fuera especialmente útil.

Joven también empezó a figurar en política, militando en el partido liberal-conservador, y siendo diputado por Egea de los Caballeros primero, y senador después.

En la carrera diplomática se destacó en el período de 1895 a 1898, en que desempeñó el cargo de ministro plenipotenciario en Bélgica. Más tarde, en 1904 y 1905, representó a nuestro país en Lisboa, recibiendo de los Soberanos portugueses grandes pruebas de estimación. En su calidad de literato fué nombrado individuo de la Sociedad Geográfica de Lisboa, del Instituto de Coimbra y de la Real Academia de Ciencias, en la cual pronunció un erudito discurso, «Cervantes en Portugal», con motivo del centenario del *Quijote*. En 1907 substituyó al Príncipe Pío de Saboya en la embajada de España en San Petersburgo; más tarde, ya recientemente, fué, durante varios años, embajador cerca de la Santa Sede. En todos estos puestos solo dejó afectos, significándose por el talento y el tacto con que desempeñó su cometido.

El conde de la Viñaza pertenece a las principales Academias de Letras, Historia y Artes, y está en posesión de muchas grandes cruces nacionales y extranjeras. Es gentilhombre de Su Majestad con ejercicio, y senador por derecho propio.

De su matrimonio con doña Concepción Roca Tallada y Castellano, distinguida dama digna compañera suya, tiene el conde de la Viñaza cinco hijos.

El mayor, don Carlos, es capitán de artillería, y como tal se ha batido recientemente en Africa. Está casado con doña Alejandrina de Laborde, hija de los marqueses de Laborde Mereville, de la nobleza francesa.

El segundo, don Alvaro, es diplomático y ha sido durante algún tiempo agregado en Petrogrado.

La tercera, doña María Josefa, es la esposa del capitán don Carlos Martínez de Campos y Serrano, conde de Llovera, de la familia de los condes de Santovenia. El cuarto es don Alfonso, y la quinta, doña Carmen, casada con el conde de Yebes, hijo de los duques de Romanones.

La residencia madrileña de los condes de la Viñaza es un verdadero palacio, pues a la amplitud y preciosa decoración de las estancias, únese lo hermosamente alhajada que se halla. En el *hall* de la entrada admíranse: el magnífico retrato que el ilustre pintor Benedito hizo de la imponderable Carmen Muñoz durante el invierno de 1921; un precioso estudio, atribuído al artista

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

italiano Podestí, que reproduce la figura de Lord Byron; un cuadro muy bonito de Chicharro; un paisaje de Meifren, y, junto a estas obras modernas, un lienzo que se atribuye a Tintoretto, que representa una dama de la época de los Médicis. En los salones hay también numerosas obras de arte, así como en el despacho y la biblioteca del conde. Son, en general, obras reunidas por el dueño de la casa en los diversos puestos diplomáticos que ha desempeñado: espléndidas pañerías y delicados bordados, iconos rusos, estatuillas italianas de los siglos XVI y XVII, bronces, porcelanas y otros muchos objetos de positivo mérito.

Pero donde los condes de la Viñaza pusieron sus mayores cariños, fué en su residencia veraniega de Biarritz, donde pasan también largas temporadas en el resto del año. La villa *Trois Fontaines*, que adquirieron los distinguidos aristócratas hace diez y siete años, es bonita y elegante, y recuerda por su construcción—a base de varios tejadillos,—y por la disposición de sus habitaciones, uno de esos lindos *cottages* ingleses tan cómodos y agradables de habitar. La rodea un hermoso parque lleno de flores, en las que dominan las hortensias y las camelias.

El interior de la villa

~~El interior de la «villa»~~ es precioso. El amplio *hall* está decorado con alegres telas de Jony, con dibujos de color grana sobre fondo crudo. Uno de los lados lo ocupa la gran escalera con balaustrada de torneada madera; en otro destácase un valioso retrato de la condesa de la Viñaza con su hija Carmen, pintado por Moreno Carbonero; encima de la chimenea hay otro del dueño de la casa, luciendo el uniforme de embajador, obra del pintor ruso Leontofsky. El salón grande, de vastas dimensiones, constituye un magnífico salón de baile; las telas, de sedas claras y estilo Luis XVI, con guirnaldas de rosas, que revisten sus muros, alegran la estancia, que adornan muebles del mismo estilo.

La biblioteca es la mejor estancia de la «villa», y en la que con más frecuencia se reunen por las tardes sus moradores. Un testero está ocupado por espléndido tapiz, y los demás por librerías con obras de gran mérito. Es muy interesante la colección de fotografías, cariñosamente dedicadas al conde de la Viñaza por Su Santidad Pío X, por el Rey Carlos de Portugal, por las personas de la familia Imperial rusa y por otras muchas personalidades extranjeras y españolas.

Inmediato a la biblioteca se halla el comedor, decorado con tres preciosos cuadros.

La «villa» *Trois Fontaines* es siempre punto de reunión de las familias aristocráticas españolas residentes en Biarritz. Allí, la cultura, la amabilidad y la esplendidez de los condes de la Viñaza brindan siempre ratos muy agradables, frente al constantemente encrespado mar Cantábrico.

Por eso ahora, con ocasión de la ~~boda de su encantadora hija~~ han podido comprobar el ilustre académico y diplomático y su distinguida esposa lo mucho y bien que les quiere la sociedad madrileña.

enfermedad, felizmente desaparecida, de su hija la condesa de Torrera,

DIEGO DE MIRANDA

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Algunas colaboraciones de Guillermo en LA EPOCA

—

1919

LAS FIGURAS DE LA PAZ

DAVID LLOYD GEORGE

13 Enero 1919

«Centinela, ¿qué dice la noche?». La voz del luchador infatigable, del formidable polemista, del organizador sin rival, del político clarividente, del convencido pacifista, que por obra de la guerra ha llegado á ser la primera figura de la Gran Bretaña, vibraba conmovida ante miles de seres que se apiñaban en torno del hombre en quien todo el Imperio cifraba sus más legítimas esperanzas.

Pocos meses habían transcurrido desde el comienzo de la lucha, y en aquellos instantes en que hasta los corazones más esforzados sentíanse inquietos, la palabra clara y precisa, siempre sincera, de David Lloyd George, era una inyección de confianza, de estímulo, para redoblar esfuerzos y sacrificios.

Allí estaba el ministro. Su dilatado cráneo, albergue de un poderoso cerebro, cuya capacidad ha sido asombro del mundo; sus ojos, vivos y escrutadores, testimonios de una indomable energía; sus grandes bigotes lacios, pregoneros, por su limpieza, de que su poseedor es abstemio; todo su rostro y toda su alma, en fin, allí estaban, una vez más, realizando la sublime obra de salvar á la Patria.

Era el mismo que allá por el año de 1863 había visto por vez primera la luz en un humilde hogar del País de Gales; el que, muerto su padre y embargados los muebles de su casa y los aperos de labranza de su familia, fué recogido por su tío, Richard Lloyd, zapatero de Llanystumdwy, donde vivió una existencia llena de privaciones, siempre en contacto con los labradores y aldeanos, á los que más de una vez, en cimbrio, su dialecto natal, inculcó ideas de rebeldía; el que, una vez cursada la carrera de Derecho, comenzó pronto á ejercer la abogacía en Londres, dándose á conocer, tanto por su elocuencia, como por el radicalismo y originalidad de sus ideas.

Era aquel que llegó á los veintisiete años al Parlamento, representando á los radicales y nacionalistas de Carnarvon, y no tardó en confirmar su fama de orador impetuoso y en ser el campeón de las doctrinas económicas más atrevidas; el que, al surgir la guerra anglo-boer, se declaró contra ella, de modo tan resuelto, que organizó una serie de *meetings* de protesta, arrostrando la impopularidad y exponiendo la vida en Bristol y en Glasgow, y sobre todo en Birmingham, donde la muchedumbre intentó *lincharle;* el que supo, más tarde, en la Cámara de los Comunes, seguir demostrando tales aptitudes, que al llegar el año 1905, el presidente Campbell Bannermann no dudó en confiarle la cartera de Comercio, al frente de la cual reorganizó el Board of Trade, resolvió importantes y muy difíciles huelgas, entre ellas una general de ferroviarios, cuyo término le valió un resonante triunfo; reformó la legislación de la Marina mercante é introdujo otras considerables reformas que, desde luego, le hicieron ser considerado como uno de los factores más positivos de la política inglesa, y especialmente del partido liberal; el que, nombrado tres años más tarde por Mr. Asquith ministro de Hacienda, presentó al Parlamento británico el programa de Presupuestos más radical que hasta entonces se había conocido, y durante seis meses enteros, día por día, defendió su obra en la Cámara, sosteniendo apasionados debates de diez y doce horas, pronunciando detallados discursos, contestando á interpelaciones y manteniendo discusiones difíciles, hasta conseguir la aprobación de los principios cardinales de sus temidas reformas tributarias.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

FUNDACION JUAN MARCH
FERNANDEZ-SHAW
ARCHIVO

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

¡Era el mismo! El luchador de siempre; el que, al ver atropelladas las más sagradas garantías humanas y al hallar, como consecuencia de ello, á su país defendiendo una causa noble, luchaba, con el mismo ardor y la misma intensidad de siempre, por llevar á Inglaterra el logro de sus ideales.

«Centinela, ¿qué dice la noche? La sombra lo invade todo, gritos de rabia y de angustia desgarran los aires; pero se aproxima el amanecer, en que la valiente juventud inglesa regresará de los campos ensangrentados de Europa, sobre los cuales habrá proclamado con su heroísmo, ante el Universo, que la Justicia es el mejor apoyo del valor y que su bravura ha dado á la Justicia un triunfo verdadero.»

Así hablaba, pocos meses después de declarada la guerra, Lloyd George. Sus discursos para conseguir del pueblo inglés el máximun de esfuerzo se multiplicaron... Y llegó el problema de las municiones, y él asumió la inconmensurable labor del nuevo Ministerio, luchando con dificultades, que sólo él fué capaz de vencer. Y llegó la trágica muerte de lord Kitchener, y él fué la persona más indicada para sustituirle en la cartera de Guerra, donde realizó la más ardua tarea, en los tiempos en que adquirió forma el prodigioso Ejército creado en un par de años por la Gran Bretaña. Y dimitió Mr. Asquith, y él fué quien, asumiendo la dirección del Gobierno, supo llevar á su pueblo á la victoria final.

Nunca dudó, realmente, del triunfo. Sus palabras de 1915 podrían repetirse ahora:

«John Bull no es lo que era. Iba degenerándose, abotargándose, adquiriendo vientre. Era tan indolente, que sólo avanzaba arrastrándose. La guerra le ha transformado. Sus músculos no fueron nunca tan fuertes; es enérgico y vigoroso. John Bull está en plena juventud. La guerra le ha rejuvenecido.»

Y como Lloyd George acertó, y no engañó á su pueblo, éste, al llegar ahora las elecciones, ha ofrecido á su primer ministro la prueba mayor de agradecimiento que podía darle, otorgándole toda su confianza.

David Lloyd George, el principal representante de la Nación inglesa en las Conferencias de la Paz, es hoy para su país la encarnación de la victoria.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

1 Febrero 1919

LAS FIGURAS DE LA PAZ

GEORGES CLEMENCEAU

Transcurre el año 1841. En un pueblecito de la Vendée, Mouilleron-en-Pareds, una familia burguesa ve alegrado su hogar con el nacimiento de un niño.

Pasan unos años, y el adolescente Jorge es enviado por su padre á Nantes, donde cursa con aprovechamiento la carrera de Medicina; pero el estudiante es inquieto y fogoso, no se resigna á la tranquilidad provinciana, y marcha á terminar la carrera á París, instalándose en el clásico barrio latino, que había de ser testigo de sus primeras luchas periodísticas y políticas.

Un compañero de Universidad, Germán Casse, funda una Revista semanal, titulada *El Trabajo*; mas apenas son leídos los originales literarios que en ella se insertan.

Un buen día se le ocurre al médico en ciernes escribir un artículo sobre política de actualidad; el artículo se publica en la Revista, y el autor, Jorge Clemenceau, es arrestado.

Meses más tarde, perseguido por seguir exponiendo ideas de insitado radicalismo, embarca para Nueva York, en donde se gana la vida dando lectura de Retórica en una Escuela de señoritas.

Su nueva profesión, tan poco apropiada para su temperamento, le produce más de un disgusto; pero, en cambio, su espíritu se maravilla y se exalta ante la prosperidad de los Estados Unidos, en los que triunfan ya las ideas de libertad y democracia.

De regreso en Francia, la caída del Imperio es para él una revelación: la mano que había sido educada para extender recetas, dedícase á escribir proclamas políticas; el médico se transforma en tribuno; acude á los comicios y excita las pasiones contra los invasores; en las plazas arenga á las muchedumbres, y en los periódicos defiende á su Patria, en nombre de la libertad.

Llegan las horas de peligro para la capital de Francia, y París le nombra alcalde de Montmartre; entonces organiza medios de defensa, improvisa suministros de alimentos, se opone á la rendición de París, y al ser desoído por la Cámara, renuncia á su cargo, y da origen á la famosa Liga de la Unión, constituída para poner término á la lucha.

Elegido diputado por el departamento del Sena, con el carácter de radical, vota contra los preliminares de la paz, y se indispone con el Comité central, por defender á los generales Lecomte y Thomas, sufriendo nuevos procesos.

Su carácter batallador se antepone, sin embargo, á todo. Vuelve al Consejo municipal de París; vuelve, en 1876, á la Cámara, y su energía y mordaz elocuencia le proporcionan bien pronto la jefatura del partido radical.

Comienza entonces la época de sus grandes luchas parlamentarias; los radicales y los socialistas le miran como á un ídolo; sus discursos son demoledores: pide el procesamiento del Ministerio Broglie; ataca y provoca la caída del Gabinete Ferry, basándose en el desastre de Tonkin; apoya á las derechas, representadas por Freycinet y Boulanger, para luego combatirlas sañudamente; contribuye á la dimisión del Gobierno Rouvier y á la del Presidente Grevy, y arrostra, siempre con la misma energía, el fraccionamiento del partido radical, producido por los que permanecieron fieles á Boulanger. Como es natural, sus enemigos crecen por días; tiene que defenderse con la palabra, con la pluma y con la espada, y demuestra con las tres la misma acometividad. Paul Deroulede le desafía en la Cámara, y ambos miden al día siguiente sus armas entre los aplausos de apasionadas multitudes.

Lo que no logran las luchas leales, lo consigue pronto una campaña de calumnias de sus enemigos. El pueblo llega á adquirir la evidencia de que Clemenceau se ha vendido al oro inglés, y le retira su confianza en las elecciones de 1893. Obscurecido el parlamentario, surge el periodista; no sabe escribir bien, pero no importa. Pronto aprende, y desde las columnas de *La Justice* realiza resonantes campañas, que corona en *L'Aurore*, al obtener, con Zola, la revisión del proceso Dreyfus.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

Vuelve diez años más tarde al Parlamento; combate á Waldeck Rousseau; procura la separación de la Iglesia y el Estado; torna á ser temido por sus duros discursos, y al caer el Gobierno Rouvier, obliga al nuevo presidente, Sarrien, á ofrecerle una cartera.

Desde tal momento se encuentra, como él mismo dice, «del otro lado de las barricadas». El implacable demoledor se convierte, al ser gobernante, en el más decidido mantenedor del orden social. Y sin cuidarse de su pasado, no duda en hacer uso de enérgicas medidas de represión durante las sangrientas huelgas del Paso de Calais. Aguanta los ataques de Jaurés; defiende la intervención francesa en Marruecos; da los primeros pasos para una inteligencia con Inglaterra—siempre pensando en Alemania y en la posibilidad del desquite—, y abandona el Gobierno después de una agria discusión con Delcassé.

No puede permanecer inactivo, y á pesar de su edad avanzada, se va á dar conferencias á la Argentina; regresa, y toma parte muy activa en la lucha Presidencial que dió el triunfo á Poincaré, combatiendo enérgicamente la candidatura de éste; funda *L'Homme Libre*, y lo transforma, al llegar la guerra, en *L'Homme Enchaîné*.

Comienza en tales momentos, á los setenta y cuatro años, su gran época. Desde su rincón, el *Tigre* fiscaliza los actos de los Gobiernos; arremete contra propios y extraños al ver la Patria en peligro, y al fin, con más bríos que nunca, escala el Poder. Y allí, presidente y ministro de la Guerra, se revuelve contra los espías, encarcela á quienes fueron sus amigos y ahora cree traidores, encauza de modo asombroso la dirección de la contienda, y obtiene el triunfo más resonante que podía alcanzar.

El viejo de espíritu más joven de Francia, cuyo rostro, ahora lleno de arrugas, reflejó tantas veces la cólera producida por el desastre, se ha iluminado al fin con los resplandores de la victoria, y ha visto recompensados todos los esfuerzos de su vida.

Como dice muy bien Bernstein, hablando de él, la inflexibilidad de su carácter y la potencia de su cerebro, supeditadas á la lealtad de su corazón de patriota, le han valido el poder dar á la victoria la más gloriosa significación.

Y he aquí al político más batallador de Francia dirigiendo las deliberaciones de la paz.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

17 Febrero 1919

LAS FIGURAS DE LA PAZ

SIDNEY SONNINO

Son los días de la victoria. La muchedumbre, ebria de entusiasmo, aclama en las calles de Roma á un hombre, ya viejo, á quien el peso de los años no ha conseguido encorvar. Derecho, delgado, su cuerpo mantiene un rostro lleno de salud, casi rojo, del que son los rasgos principales unos ojos muy vivos y un grueso bigote muy blanco. Con sencillez, con cierta emoción, que contrasta con la severidad de su figura, corresponde el personaje, saludando, á las exteriorizaciones jubilosas de la multitud.

Detrás de los cristales de aristocrática ventana contemplan el espectáculo un anciano y dos niños casi adolescentes.

—Abuelo, ¿quién es ese?

—¿No le conocéis? Es el señor barón; una de las más ilustres figuras de Italia.

—¿Qué ha hecho?

—Todo lo que un hombre puede hacer por un pueblo. ¿Queréis saber la historia del señor barón?

—Cuenta, cuenta...

—Pues va de cuento. Este era un joven judío italiano, que se llamaba Isaac Sonnino. Como era pobre, y quería ser poderoso, tan poderoso como un Rajah de la India, abandonó la ciudad de Livorna, donde vivía, y marchó á tierras de Egipto, donde se hallaba ocupado Mohamed Alí en implantar reformas á la europea. Isaac no era tonto, ni mucho menos; ayudó á Mohamed en la organización de los servicios de Aduanas y en la implantación del régimen bancario; trabajó con ahinco en varios negocios, y no tardó en encontrarse dueño de una bonita fortuna. Pero Isaac, además de inteligente, era enamoradizo, y se prendó de una linda inglesita, miss Georgina Terry, perteneciente á distinguida familia. Se casó con ella, fué muy feliz, y tuvo un hijo, al que fué puesto el nombre de Sidney.

Ocurría esto por el año 1847. El matrimonio, que desde Pisa, donde estaba accidentalmente cuando el nacimiento del niño, había regresado á Egipto, volvió á poco, ya de modo definitivo, á Italia, y aquí, ricos y dichosos, los padres no tuvieron otro cuidado que el de la educación de su hijo, cuyo carácter, en Florencia primero, durante los estudios de primeras letras, y en Pisa después, durante los de Derecho, se reveló ya con las cualidades que luego habían de ser las distintivas de su personalidad: espíritu práctico en todo momento, concepto del valor positivo de las cosas, energía y ecuanimidad, tenacidad firme y silenciosa, y cuanto, en una palabra, acreditaba que no en balde corría por sus venas sangre que era á la vez hebrea y sajona.

A los diez y ocho años se encontró el joven Sidney hecho todo un señor abogado. Pero resultó que no tenía la menor afición al ejercicio de su carrera. Un día se le presentó un caballero, para encargarle la defensa de un pleito. Estudió él la cuestión, y como viera que el caballero no tenía razón en lo que sostenía, se negó á aceptar la defensa.

Entonces decidió hacerse diplomático. ¿Vosotros sabéis en lo que consiste ser diplomático?

—Sí. En llevar uniformes con bandas y con cruces.

—En bastante más. En representar y defender en otras tierras á todos los que somos hijos de ésta. Y eso fué lo que hizo Sidney Sonnino, desde 1867 á 1873, en Berlín, Madrid, París y Viena. Viajó y estudió mucho, y así, cuando volvió á Italia, ¿á qué diréis que se dedicó? Pues á escribir obras de ciencia política y social, y á preocuparse, con un amigo suyo que se llamaba Leopoldo Franchetti, por la situación de los labradores de Sicilia, por el trabajo de las mujeres y de los niños en las minas, por los problemas de la emigración y por varias cuestiones de enseñanza. Fundó una Revista la

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Rassegna Settimanale, y fué designado diputado por los electores del Colegio de San Casciano, en Toscana. En la Cámara adquirió pronto gran autoridad, por la competencia que demostró al tratar, con laconismo y claridad desusados, asuntos extranjeros, coloniales, sociales, financieros y agrícolas.

Nombrado subsecretario del Tesoro en el Gobierno que presidía el Sr. Crispi, afrontó la impopularidad, imponiendo, para mejorar la situación de la Hacienda, métodos de severa economía. Consiguió lo que se propuso, y formó entonces un partido que se llamó «centro izquierda», en oposición del que acaudillaba el Sr. Giolitti, su constante adversario.

Cuando Giolitti abandonó, en 1906, el Poder, fué elevado Sonnino á la Presidencia del Consejo; pero sólo gobernó tres meses. Otro tanto le sucedió, unos años más tarde; pues comenzó á gobernar en Diciembre de 1909 y dimitió en Marzo del año siguiente. Su falta de flexibilidad política no le granjeaba las simpatías de la mayoría parlamentaria, y Sonnino, á pesar de hallarse apoyado por un periódico como *Il Giornale d'Italia*, prefirió dejar libre el camino á otros políticos.

Pero llegó el año 1914. Giolitti se declaró en crisis, y el indicado para sustituirle era Sonnino. Este no quiso; más ofreció todo su apoyo á su íntimo y antiguo amigo el Sr. Salandra, que al fin formó un Gabinete del que era ministro de Negocios Extranjeros el marqués de San Giuliano. Al morir éste poco después, declarada ya la neutralidad de Italia en la guerra, Sonnino accedió á los requerimientos de Salandra y se encargó de la cartera, que hoy sigue desempeñando á satisfacción de todos.

... El abuelo se ha detenido en su narración, que los niños sólo á medias comprenden. Pero el viejo, al llegar á este punto, se olvida del cuento y de los nietos, y sigue, tras breve pausa, como hablando consigo mismo, con acentos de un verdadero convencido y con una pasión, hija de un sentimiento patriota:

—¡Ah! ¡Cuánto debe Italia á Sonnino por lo que ha hecho desde Agosto de 1914! El fué quien, consecuente con sus antiguas ideas de aproximación á Inglaterra, hizo que Italia, al romper Alemania y Austria las hostilidades con los aliados, permaneciera neutral. ¡Existía, sí, la Triple Alianza! Pero, al formarla, se estipuló que Austria no podría ejercer acción alguna en los Balkanes sin previo acuerdo con Italia. Austria atacó á Servia. Nada le comunicó á Italia, y Sonnino proclamó la neutralidad. Vinieron luego negociaciones sin resultado efectivo; al fin fué denunciado el Tratado de la Triple, y más tarde, á pesar del *parechio* aconsejado por Giolitti, consistente en aceptar ciertas compensaciones austriacas, sin salir de la situación de estado neutral, Sonnino, con Salandra, declaró la guerra á los Imperios centrales y se adhirió al pacto de Londres.

¡Ahí está el *Libro verde*, esa interesante colección de documentos, donde se advierte todo el talento desplegado por el barón Sonnino! Durante la guerra, primero con Salandra, luego con Boselli y después con Orlando, ha sido el insustituíble, y sus discursos, en los que nunca ha habido una palabra de sobra—aquí donde hay tantos oradores retóricos—, han sido, sin excepción, los que más firmemente mantuvieron la confianza del pueblo hasta la victoria final.

—¡La victoria!

Esto sí lo han entendido los niños, cuyos ojos se han iluminado de repente. Miran á la calle, y ya se halla ésta solitaria. Estará la gente muy lejos; seguirán los grupos aplaudiendo al victorioso ministro. Y surge el inevitable comentario infantil:

—Abuelo: yo quisiera ser lo mismo que el señor barón.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

APUNTES DEL DÍA

ROSAS DE PASIÓN

1920

¿Quién, al meditar sobre el sublime sacrificio del Gólgota, sobre el drama divino del Calvario, no une al recuerdo del Hijo de Dios el de la Virgen María, transida de dolor al pie de la Cruz?

Ambas figuras conmueven con su dolor; pero los ojos de ella, anegados en llanto, acaso indican que su tribulación es la mayor que corazón humano pudo experimentar. Jesús, al dar su vida por la Humanidad, sufrió mucho físicamente y tuvo que soportar mil vejaciones; mas en su semblante se reflejaba el gozo espiritual del mártir. Para la Dolorosa, en cambio, no había consuelo posible; que era, ante todo, madre, y veía morir á su hijo, presa de horribles torturas. Jesucristo sucumbía satisfecho de poder redimir al mundo; la Virgen, á sus plantas, sólo sabía llorar.

¡El dolor de María! ¡Cuántas páginas se habrán escrito sobre la amargura de la Dolorosa! Ella, que fué la elegida por Dios para ser la más dichosa de las mujeres, pasó después por prueba más terrible que mujer alguna. Y en la tragedia del Calvario—de pie, con los brazos abiertos, implorando la protección de Dios, y los ojos secos de tanto llorar, mirando inmóviles la lejanía—, fué la representación más alta, la más perfecta encarnación del amor puro, sacrificado también por salvar al género humano.

Del dolor de María nos hablan esas flores delicadas, que no parece sino que al recibir el trágico azote del viento, que amedrentó la tierra cuando expiró Jesús, fueron de tal modo conmovidas, que vieron nacer en sus morados cálices las insignias de la Pasión.

Estas flores sagradas—pasionarias ó rosas de Pasión—, ¿no simbolizan, con su ternura y su tristeza inefable, la inefable tristeza de la Virgen María?

Ayer he visto un ramo de pasionarias. Fué en un cuarto blanco, soleado, digno de albergar en él alegrías sin cuento. Sobre un pequeño altar, lleno de candelabros y floreros, y ante una imagen de la Inmaculada de los Dolores, estaban las pasionarias, ya marchitas; junto á ellas lucía una lamparilla de aceite.

No era ciertamente de alegría el sentimiento que dominaba en la encalada habitación. Una viejecita, sentada en un sillón, lloraba; cuando cesaba en su llanto, le rezaba á la Virgen.

La viejecita era... ¿Qué importa saberlo? Baste decir que no era española, y que era madre; que vió hace unos años partir para otras tierras al sér en quien puso todas sus esperanzas, al hijo por quien sufrió todas las privaciones; que durante meses vivió una vida de constantes zozobras, y que al fin, de improviso, recibió una noticia lacónica: «Vuestro hijo está herido en un Hospital. Luchó como un valiente por la Patria, y ha sido felicitado por su conducta heroica.

Días más tarde, la viejecita pudo convencerse de que no había de ver más al hijo de sus entrañas. Y ante la imagen de la Dolorosa, en el cuarto lleno de sol, la madre, transida de pena, derramó lágrimas de sangre, mientras temblaban las pasionarias.

Sobre la faz de la tierra claman hoy millares de madres dolorosas—pobres rosas de pasión, azotadas por el vendaval de la guerra—, que han perdido sus hijos, ofrendados en sacrificios estériles. Cese ya tanta inútil ofrenda, y vuelva la Humanidad á ser feliz: que por ella, por su amor á ella, por su ventura, se consumó el más sublime sacrificio y lloró sin consuelo la Madre del Redentor.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.M.

1920

LA NAVIDAD EN LOS SANTOS LUGARES

Ven al Portal, Mingo, ven,
seguro el ganado dejas;
que, aun entre el lobo y ovejas,
reina la paz en Belén.

Por vez primera, después de siete centurias, se celebra en los Santos Lugares, bajo el poder de los cristianos, la fiesta de la Navidad del Señor.

Apenas sosegados los espíritus de sus moradores, cuando aún retiemblan en sus oídos los ecos del combate, y las tropas del Turco, como en otro tiempo las del fiero Solimán, procuran rehacerse en su retirada, llegan estos días, que son de júbilo para la Cristiandad, porque en ellos se conmemora el mayor acontecimiento conocido: el que supuso para el género humano la redención, por obra del verdadero Mesías.

En Belén y en Jerusalén, las iglesias cristianas—herederas de aquellas que levantó la piedad de Santa Elena en sitios inmortalizados por Jesús—lanzarán ahora á los aires los sones de sus rabeles con un inconfundible acento, y formarán sus cantos un himno en acción de gracias al «Dios de las alturas», que ha querido ver de nuevo vencedores, en la Ciudad Santa, á los guerreros cristianos, sucesores de Godofredo de Bouillon, de Pedro *el Ermitaño* y de Ricardo Corazón de León.

Porque si bien es verdad que estos modernos cruzados no fueron guiados por la fe que á aquellos heroes animó, si la causa que á empresa tal les indujo no fué de índole religiosa, el hecho ha sido que la bandera con la Cruz de Cristo—santificada en Jerusalén, en la cumbre del Gólgota—ha vuelto á ondear victoriosa sobre la torre de David, como emblema de inagotable bondad.

¡Cuántas Navidades llevaban en poder de los infieles la ciudad del divino martirio, las tierras de los grandes milagros! ¡Cuántas noches como ésta, los templos de la Cristiandad han celebrado sus cultos junto á la tumba de Cristo, merced á la innegable tolerancia del otomano! Jerusalén, y con ella los demás Lugares Santos, ha conservado siempre, sin embargo, á través de los siglos, su carácter religioso; parece como si sus piedras, fieles guardadoras de aquel ambiente de fe que despertó el Divino Maestro, hubiesen seguido transmitiendo á las generaciones posteriores esos sentimientos íntimos de devoción, de que únicamente se ven rodeados, en grado tal, las cosas santas.

Y ni las conquistas de los Reyes de Egipto é Israel, ni los actos de asolación de Nabucodonosor, ni las destrucciones de Tito, ni la posesión de los persas, ni la pérdida por los cristianos del Reino constituído por Godofredo de Bouillon, ni las infructuosas tentativas de los demás caballeros cruzados, ni la caída, por último, en poder del Sultán de Turquía, consiguieron hacer desaparecer de las sagradas tierras el espíritu que les infundiera el paso de Jesucristo.

Por eso Jerusalén fué en todo tiempo lugar de peregrinaciones, y por eso es de desear que ahora, cuando se ve libre del musulmán, florezca en ella con nuevos bríos la Religión que Jesús predicó; Religión que, por virtud de su propia fuerza, debiera dominar en toda Palestina, como á buen seguro dominaría, si no lo hubiese impedido la influencia mahometana, no interrumpida en cuatrocientos años.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

¿Significará la nueva conquista de Tierra Santa su segura posesión, en el porvenir, por los cristianos? Así lo creemos. Las Naciones europeas de uno y otro bando beligerante, practicantes casi todas de las doctrinas de Cristo, han de llegar, sin duda, á un acuerdo que asegure el imperio de la Cruz en el monte Sión. Jerusalén reconquistada, libertada del infiel, no puede ser lugar de nuevas luchas, y menos entre hombres unidos por las mismas creencias religiosas. Hierosolima, su verdadero nombre, significa herencia de paz, no legado de guerra, y cuando la paz anhelada vuelva á reinar en todos los campos, hoy desolados, de la trágica Europa, ha de ser ella, la ciudad que vió el Calvario y oyó las últimas palabras del Redentor, la que sea faro de salvación, al que dirijan sus miradas cuantos, llevados por los odios ó por la codicia, desoyeron, para arrepentirse tardiamente, las palabras divinas «Amáos los unos á los otros»...

Y así como ahora el general Allenby—á semejanza de Godofredo en otro tiempo—ha adorado devotamente el gran Sepulcro, días cercanos llegarán en que multitudes, hoy todavía enconadas, acudirán a prosternarse ante el santo altar de Jesucristo, para cumplir sus votos en la Jerusalén—la paz—, por fin conseguida y libertada.

En ese día, que ya se vislumbra, los gritos airados, que aún suenan, se volverán bendiciones, y los actuales guerreros podrán repetir lo que Torcuato Tasso puso en su obra inmortal, en labios del héroe de la primera Cruzada:

«Demos gracias á la mano que nos ha conducido y guiado hasta aquí. Ella es la que allana los montes y seca los ríos; la que despoja de sus ardores al estío, y al invierno de sus hielos; la que aplaca las tempestuosas olas, y comprime ó suelta los vientos; por ella se derrumban y abrasan los altos muros, y por ella, en fin, son los Ejércitos muertos ó dispersados.»

No será España ciertamente la que menos bendiga, en tales horas, el término de la horrible contienda, por la que, sin luchar, tantas privaciones y miserias, sin embargo, sufre.

El Rey español, que por algo ostenta también el título de Rey de Jerusalén, será en un doble concepto apóstol de la paz y de sus bienaventuranzas.

Y todos los buenos cristianos del mundo, al llegar entonces esta magna fiesta de la Natividad, podrán sin temor, bulliciosamente, dar á los vientos desde sus hogares los versos del viejo villancico:

«Cuando toquen á *Maitines*,
toquen en Jerusalén,
tañan al alba en Belén;
tañan, tañan,
que profecías no engañan.»

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

1921

NOCHEBUENA, NOCHE TRISTE

Y PAZ EN LA TIERRA...

Bajo una capa de nieve, que el viento huracanado agrieta y levanta en revueltos remolinos, celebra la aldea, con el recuerdo de sus tiempos felices, la Nochebuena del Señor.

Clama el ábrego con lastimeras voces, que más parecen aullidos de fieras mal heridas. Caen los copos de nieve tan copiosamente, que llegan á cubrir los vidrios de las ventanas. Y ocurre así que la luz, que por todos ellos transciende, se amortigua, y ofrece sólo un suave resplandor amarillento. Parece la aldea un manto de armiño cuajado de topacios.

¿De dónde es la aldea? ¡Qué importa! De un país en guerra, tranquilo y próspero antes, y sobresaltado hoy por los azares de la lucha. ¡La guerra! ¡Ah! ¡Maldita guerra, que para unos y otros sólo trajo desventuras; que únicamente sirvió para llevar la miseria y la desolación á miles de hogares!

¿Qué fué de aquellos mozos, gala y orgullo de la aldea? ¿De aquellos que, en tal noche como la de hoy, entonaban canciones populares dedicadas en su mayoría á la Natividad del Hijo de Dios, y encaminadas otras á ablandar algún corazón poco atento á las llamadas del amor? Todos marcharon, y de ellos, Dios sabe los que han de volver.

Para los viejos, que olvidaron, y para los niños, que aún ignoran todo, es hoy la Nochebuena. Las mujeres, ángeles del Señor en la tierra, divierten con sus cantos á los ancianos y á los niños, y rezan después, cuando ellos duermen, por los ausentes lejanos.

En torno de los leños, que coronados de llamas van consumiéndose en el hogar de la alta chimenea, un viejo, muy viejo, verdadero patriarca bíblico, evoca los pasajes sagrados del Nacimiento de Jesucristo.

Sus palabras, aún firmes, absorben por completo la atención del auditorio. ¡Y qué auditorio el suyo! La anciana compañera del patriarca, la hija de ambos, y dos nietecitos, niño y niña, cuyos ojos delatan el candor y la inocencia de sus almas.

No hubo este año fiesta alguna. Hasta aquel Arbol de Navidad, que fué otras veces la ilusión de los pequeños, arrinconado está; que no ha de volver á lucir hasta que el padre torne... si es que torna. Nada se ha sabido del ausente desde su partida, y como ésta va ya para dos años, son cada vez mayores las zozobras y las inquietudes de la amante esposa.

El viento silba fuera con fuerza creciente. El viejo patriarca arroja á la lumbre ramas secas y se dispone á avivar el fuego.

—Está frío—, sigue—impetra inmediatamente voz infantil—. Se presentó de improviso á los pastores un ángel del Señor.

—¿Y qué?

—Un poco de paciencia—interrumpe la madre.

—Se apareció el ángel á los pastores—continúa profundamente el viejo—, y después de rodearles con una luz [illegible] les dijo: «Vengo á daros una nueva de grandísimo regocijo para todo el pueblo: hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo ó Mesías, el Señor Nuestro. Y sírvaos de seña, para encontrarle, que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre».

—¡Qué bueno el ángel! ¿Verdad, abuelo?

—Verdad—. Y en aquel mismo instante se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios, y diciendo: «Gloria á Dios en las alturas...»

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Suenan de pronto en la portalada dos golpes. Enmudece el viejo, y los niños se refugian, asustados, entre los brazos, que tiemblan, de la abuela.

—Será el viento...—indica la madre, tranquilizadora.

Pero como los golpes se suceden, dirígese resueltamente á la puerta y abre. Nadie, sin embargo, aparece. La nieve sigue cayendo, y en la alfombra que forma en el suelo no se descubre la más ligera señal de pisadas humanas. Mas, ¿qué es eso, Dios poderoso? Un sobre, sí; un sobre. Pronto lo rasga con mano trémula; pronto reconoce la firma adorada; pronto acude, dominada por emoción vivísima, á sus padres.

Y el padre, el viejo patriarca, lee:

«Cuando recibáis estos renglones, ¿qué habrá sido de mí? Estoy bueno; nada me falta; pero, ¿y mañana? La guerra nos trajo á estos santos lugares, y ahora, ¡quién sabe dónde nos llevará! ¡Si veríais qué hermosos son los campos de Palestina!... Horror da pensar en que pudieran llegar hasta ellos las consecuencias de la lucha. Envío para los niños estas dos medallas, compradas á un hebreo...»

—¿Lloras? No llores, abuelito. Ya ves que dice que está bien Y además, ¿no nos contabas antes que hoy era Nochebuena? Pues no es noche de estar triste.

—Sigue, abuelo; sigue con el cuento del Niño de Dios. Gloria á Dios en las alturas, decía el ángel...

—Gloria á Dios, decía, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

No puede más el anciano: «Paz en la tierra, sí, cuando Dios y como Dios disponga».

Y la hija, humilde, que en un rincón, arrodillada, reza, sólo musita: «Sea».

Poco á poco se han ido quedando dormidos los viejos y los niños Unicamente ella, la hija, esposa y madre—eterna imagen del dolor—, ha permanecido desvelada durante toda la Nochebuena.

El temporal ha cedido: ya no nieva, y en el horizonte comienza á dibujarse las primeras tintas de la aurora.

Ellas anuncian, tras la noche trágica, un lumi[no]so amanecer, lleno de esperanza...

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

1922

LA NOCHEBUENA EN CAMPAÑA

PLÁTICA DEL VETERANO

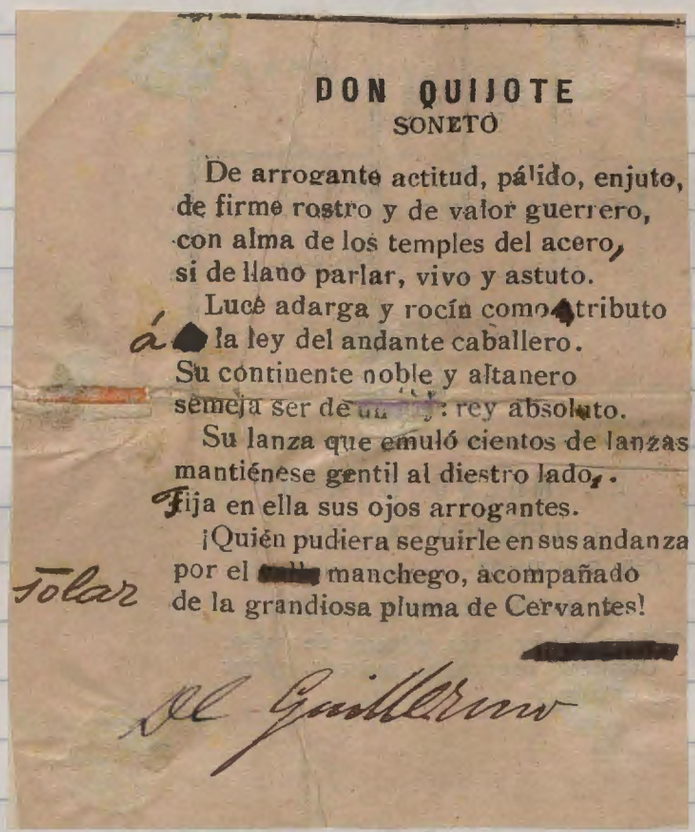
¡Vamos! Anímate más
y déjate de esos lloros.
¿Crees que estamos los demás
divirtiéndonos quizás
en estas tierras de moros?
¿Que llevas dos «Nochesbuenas»
lejos de tu casa?... ¿Y qué?
Haz lo que yo, ¡Fuera penas!
Y a ver si, por fin, te entrenas,
igual que yo me entrené,
en estas marimorenas
en que tumbas, a docenas,
a los hijos de otra Fe.
Pero ¿es que tampoco cenas?
¡Vamos, Pascual, por favor!
No se diga que el sargento
más cabal del regimiento
ha tenido en un momento
lo que se dice temor.
¿Que no te falta el valor?
¿Que es cuestión de sentimiento?
¡Eso ya lo sé, Pascual!
Quien te ha visto en el final
del monte más escarpado
dando frente al moro, igual
que el más bizarro oficial
o el más valiente soldado,
jamás puede haber dudado
de tu valor personal.
Es que piensas en tu aldea,
¿verdad? Pues deja la manta
y, si el comer te atraganta
y el beber no te marea,
toma vino... ¡o lo que sea!
y canta esta noche; ¡canta
con tal fuerza y emoción,
que tu cantar, al vibrar,
no sólo atraviese el mar,
sino llegue al corazón
que palpita en cada hogar!
Diles, al son del clarín
del tambor y del rabel,
que en este inmenso cuartel
al que no le vemos fin,
lo mejor es el trajín
de luchar con el infiel.
Di que la guerra no es nada
para una tropa curtida.
¡Bien vale exponer la vida
por ver la Patria salvada!
Pero dí también, Pascual,
que no pasa un solo instante
sin que nos azuce el mal
de pensar en lo distante
de nuestra casa, anhelante
por santo amor maternal;
que me parece que veo
allí donde la dejé
a mi vieja, y que bien sé
que estará rezando al pie
de *su* Cristo de la Seo;
que aun tengo dentro de mí
la angustia de su mirada
cuando aquel día me fuí...
—¿como olvidarla, si aquí
la lleva siempre clavada?;—
que me imagino las huellas
de su dolor, en aquellas
mejillas como el coral;
y que...
Perdona, Pascual.
¡Cuando pensamos en ellas
todos lloramos igual!

Es verdad. Tienes razón.
¡Fuera el vino mentiroso
y demos, en el reposo,
paz a nuestra desazón!
Me has contagiado tu pena.
Cuando un hombre no está en yena
de cantar a cualquier son,
¡es su mejor Nochebuena
hablar con su corazón!

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. F.J.M.

Un soneto publicado
no recordamos dónde



DON QUIJOTE

SONETO

De arrogante actitud, pálido, enjuto,
de firme rostro y de valor guerrero,
con alma de los temples del acero,
si de llano parlar, vivo y astuto.

Luce adarga y rocín como tributo
á la ley del andante caballero.
Su continente noble y altanero
semeja ser de un rey: rey absoluto.

Su lanza que emuló cientos de lanzas
mantiénese gentil al diestro lado.
Fija en ella sus ojos arrogantes.

¡Quién pudiera seguirle en sus andanzas
por el solar manchego, acompañado
de la grandiosa pluma de Cervantes!

M. Guillermo

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Retroceso á los primeros tiempos en LA EPOCA

—

Octubre de 1912:
Primer artículo firmado y publicado por Guillermo en LA EPOCA

UNA ANTIGUA INSTITUCIÓN MADRILEÑA

EL COLEGIO DE NIÑAS DE LEGANÉS

La Fundación Spínola.—Un pleito sobre el patronato.—El Colegio y la iglesia.—Estado actual de la institución.—Proyecto de nuevo edificio.

Por informes particulares ha sabido el *reporter* que en breve resolverá la Sala tercera del Tribunal Supremo en el pleito interpuesto por los herederos del difunto duque de Sesto, contra una Real orden del ministerio de la Gobernación, referente al derecho de patronato sobre la antigua Fundación madrileña conocida vulgarmente con el nombre de Niñas de Leganés.

Trátase de una institución popular en Madrid, y el *reporter* ha creído interesante recoger á este propósito algunas noticias.

Sabido es que el duque de Sesto, marqués de Alcañices y de los Balbases, fué, por herencia de familia, el último patrono de aquélla Fundación, cuyo verdadero nombre es el de Recogimiento de niñas de Nuestra Señora de la Presentación.

Al morir el duque de Sesto, en 30 de Diciembre de 1909, quedó la institución huérfana de representación legal. Por tal circunstancia, y en cumplimiento de lo que previenen las disposiciones legales, el ministerio de la Gobernación, que ejerce el protectorado de la Beneficencia particular, haciendo uso de sus facultades, confirió interinamente el patronato, por Real orden de 10 de Abril de 1910, á la Junta provincial de Beneficencia de Madrid.

Como el derecho de patronato corresponde al sucesor del último patrono, según expreso deseo de la Fundación, el conde de la Corzana, sobrino é inmediato sucesor del duque, reclamó aquel derecho ante los Tribunales de Justicia. Como el Protectorado estimase que la sentencia dictada no lo había sido en el juicio procedente, la Real orden en que esto se declaraba fué objeto del recurso que hoy se halla pendiente, y que, como antes decimos, se resolverá en plazo muy próximo.

La Fundación objeto del litigio es una de las que más justa celebridad han gozado en Madrid. Fué debida á la caridad de D. Andrés Spínola, que en su testamento de 15 de Enero de 1630 solicitó permiso, y fundó un «Recogimiento de niñas huérfanas destituídas de todo auxilio y favor humano, ó que tengan padres tan inútiles que fuese lo mismo que no tenerlos».

Dicho Recogimiento lo puso bajo la advocación de Nuestra Señora de la Presentación, y lo dotó con las rentas de algunas casas que poseía en Madrid, y otros emolumentos y fincas del extranjero.

Este Sr. D. Andrés Spínola fué un noble y acaudalado caballero, que llevado de sus piadosos sentimientos, comenzó desde muy joven á interesarse por las niñas desvalidas, hasta tal punto que, cuando murió, tenía recogidas particularmente á 10 infelices criaturas, á quienes daba abrigo, sustento y educación.

Su propósito fué, por tanto, como él mismo dejó dicho, instituir una especie de Asilo, «en el que se recojan, críen, doctrinen y enseñen virtuosamente todas las niñas que se pudieren sustentar con la renta que para ello dejo».

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Nombró patronos del Recogimiento á su primo, el marqués de Spínola y de los Balbases, y sucesores de su Casa y mayorazgo, con la prevención de que, en ausencias del patrono, desempeñara este cargo el marqués de Leganés, como marido y conjunta persona de su sobrina, D.ª Policena Spínola.

Así sucedió durante varios años, á mediados del siglo XVII, y á esta circunstancia se debió que la Fundación tomara el nombre de Niñas de Leganés, con el que generalmente se la conoce. Esta interinidad fué relativamente breve, volviendo luego el patronato al marqués de los Balbases.

Muerto D. Andrés Spínola, el Recogimiento se instaló en la misma casa en que él había vivido, situada en el núm. 16 de la calle de la Reina, y que recientemente ha sido derribada para las obras de la Gran Vía. Inmediatamente comenzó á construirse la iglesia, unida á aquel edificio, en la esquina de las calles de la Reina y San Jorge (hoy Víctor Hugo).

Para la construcción del templo destinó D. Andrés Spínola la tercera parte de las rentas de la Fundación. La iglesia se terminó en el segundo tercio del siglo XVII, abriéndose inmediatamente al culto. El Recogimiento comunicaba con ella por una puerta que daba al coro, desde el cual asistían las niñas á los Oficios religiosos; pues en un principio estaba muy limitada la enseñanza, y las educandas en completa clausura.

Poco á poco fué perdiendo la Fundación su primitivo carácter; empezó á darse enseñanza, no gratuíta, á niñas de familias distinguidas, y el Recogimiento, en el siglo XVIII, se había transformado en un verdadero Colegio aristocrático.

Los sucesos de la guerra de la Independencia ocasionaron grandes pérdidas á la Institución; pero restablecida la paz, remediáronse los daños, y el Colegio adquirió tan grande importancia, que hubo períodos en que mereció la predilección de las más altas clases sociales.

Era el edificio-colegio un vetusto caserón de dos pisos. En él se hallaban instalados los dormitorios, salas, clases y demás habitaciones necesarias. También tenían allí sus habitaciones la directora del Colegio y la servidumbre del mismo. Los muebles eran de escaso valor artístico.

La iglesia, que, como antes dijimos, estaba en comunicación con el Colegio, era pequeña. En su fachada de la calle de la Reina y sobre la puerta principal ostentaba en caracteres monumentales y con las correspondientes abreviaturas el título de «Colegio de Nuestra Señora de la Presentación», seguido de otro que decía «Patronato de los excelentísimos señores marqueses de los Balbases».

Encima de estos letreros, y apoyado en la cornisa de un medio frontoncillo que decoraba la puerta, estaba el escudo de los marqueses. Este escudo era pequeño y escaso de adornos, pero bello y bien modelado.

De gran sencillez era el resto de la fachada del templo; su cúpula, en cambio, tenía verdadero mérito, asemejándose á la que remataba la gentil capilla de San Isidro, de la parroquia de San Andrés.

El interior de la iglesia era de la segunda mitad del siglo XVII, y obra típica, por tanto, del churriguerismo entonces imperante. Sus materiales no eran preciosos, como los de la capilla de San Isidro; pero la idea arquitectónica resultaba de tan potente unidad como en aquélla. La planta del templo, de cruz griega, recordaba, en cuanto á su estructura, el crucero de San Isidro el Real, suponiéndose por algunos que fué obra del mismo arquitecto.

En el centro, al fondo, estaba el altar mayor, y en los costados dos altares pequeños. El primero, de arrogantísima traza y grandes dimensiones, era quizá desproporcionado para el reducido tamaño del templo. Su arquitectura era también barroca, y estaba decorado con cuatro grandiosas columnas doradas, con adornos inspirados en el mismo arte. En el centro del altar estaba colocado un admirable lienzo, debido á Alonso del Arco, que representaba á San Joaquín y Santa Ana en el acto de presentar á la Virgen en el templo, en cuyas gradas aparecía un sacerdote que la recibía entre sus brazos. Completaban el cuadro varias figuras de ángeles. Este lienzo, que armonizaba con la arquitectura general barroca de la iglesia, es de lo más notable que aquel arte ha producido.

En el zócalo del altar había también magníficas tallas.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Los otros dos altares, iguales y parecidos en su forma al primero, no tenían gran mérito. En las pechinas y la cúpula había diferentes pinturas al fresco, sin otro valor que el de haber sido ejecutadas en la época del gran esplendor del arte pictórico en nuestra Patria.

En la cripta, situada debajo del altar mayor, existía un espacio cerrado con muros de ladrillo de poco espesor, y planta rectangular. Dichos muros se elevaban desde el pavimento á las bóvedas. En su interior se hallaban los restos de D. Andrés Spínola.

En el muro del frente, á dos columnas, había dos inscripciones hechas con letras pintadas sobre yeso, y de las cuales, por efecto de la humedad, se habían borrado bastantes letras. Reconstituídas las inscripciones por el sabio Padre Fita, dicen así:

«CORRIPE, VIATOR, GRADUM,
SI COR IMPÚDICUM HABES,
NAM HIC HEROS PUDICITIE JACET
DOMINUS ANDREAS SPINULA,
AD TUENDAM CASTI
TATEM.

HOC COLLEGIUM AC PRO
PUGNANDAM ERECXOT;
VIRTÚTIBUS ET CHRISTIANA
DOCIRINA MUNIVIT.
ED FUNDATORE OPUS EST
INCHOATUM
ET A SUCCESSORIBUS SPI
NULARUM EXPCETUM
EST, ET EXTREMUM PREMIUM
FRUITUR.»

Que, traducidas por el mismo Padre Fita, dicen: «Huye lejos de aquí, ¡oh, caminante!, si tu corazón es impuro.—Porque aquí yace (difunto) el héroe de la caridad D. Andrés Spínola.—Para ampararle y defenderle erigió este Colegio, dotándolo de virtudes y cristiana doctrina.—Fundador de esta obra, la empezó á construir, y la continuaron los Spínolas, continuadores de su noble linaje.—Goza ahora del premio que había merecido, que es el extremo de la vida mortal, con gloria bienaventurada y eterna».

Llegaron las obras de la Gran Vía. Posesionada interinamente del patronato la Junta provincial de Beneficencia, por las razones ya dichas, tuvo que proceder á desalojar iglesia y Colegio, por estar ambos edificios en el primer trozo de dicha nueva calle, y por tanto, próximos á desaparecer por expropiación forzosa.

La Junta, que había comenzado por regularizar la administración del patronato, dió destino á las siete únicas educandas de gracia que en el Colegio existían, llevándolas, provisionalmente, al Colegio de niñas de San Vicente de Paúl, situado en la calle de la Santísima Trinidad, núm. 8.

Al comenzar el año pasado los derribos, fué abierto el sepulcro que guardaba los restos del fundador, los cuales, colocados convenientemente en un arca, se trasladaron y depositaron, también provisionalmente, en el Hospital del Niño Jesús, á cargo de la misma Junta.

Al mismo edificio se llevaron, y allí están depositados y custodiados, todos los muebles, ropas, altares, cuadros é imágenes que había en el Colegio y en la iglesia.

Como la Fundación cuenta actualmente con medios suficientes para la construcción de un nuevo edificio, en ello pensó la Junta desde el primer momento.

Estos bienes son: dos solares en la calle de la Almudena y dos en la del Viento, y los productos de las ventas de las fincas números 35 y 37 de la calle de la Reina—convertidas en solares—, de los edificios del Colegio y de la iglesia, y de la casa número 8 de la calle de Víctor Hugo, medianera con estos últimos, y como ellos, recientemente expropiada.

Excepción hecha de los solares de las calles del Viento y Almudena, cuya venta al Estado está convenida, pero no realizada, el importe de los demás edificios expropiados y solares vendidos se halla invertido en papel de la Deuda interior, produciendo el interés correspondiente.

Con tales medios, y considerando la Junta que la construcción de un nuevo edificio constituirá lo más esencial de la Fundación, solicitó autorización del Protectorado para edificar uno que, atendiendo al verdadero propósito del fundador, fuera solamente un Recogimiento de niñas.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. UM.

La autorización fué concedida por el ministro de la Gobernación; pero como por aquellos días reclamó el conde de la Corzana el derecho de patronato, la Junta suspendió la edificación del nuevo Recogimiento, por si el criterio del nuevo patrono no coincide con el de la Junta, y tuviese el proyecto, en ese caso, que sufrir modificaciones.

Tal es el estado actual de la clásica y popular institución madrileña.

De desear es que el conde la Corzana continúe la labor emprendida por la Junta, honrando la memoria de aquel su antepasado: el noble y piadoso caballero que se llamó D. Andrés Spínola.

GUILLERMO FERNÁNDEZ ITURRALDE.

1914

APUNTES DE LA CALLE

LAS CIEGAS DEL ARENAL

¿No las habéis visto? Allí están todos los días, recostadas en la fachada del palacio de Castro Enríquez, con las manos extendidas, implorando la caridad de las gentes, y con los ojos inmóviles, muertos, indiferentes á todo color y á toda luz.

Son cinco las ciegas que mañana y tarde conmueven, en la calle del Arenal, al transeunte, con sus discretos ruegos y sus semblantes doloridos. Y son muchas las personas que, impresionadas por el espectáculo, las socorren y consuelan.

¡No hay prenda como la vista, hermano!

Tan repetida lamentación, convertida, por fuerza de la costumbre, en un lugar común, constituye, en efecto, una de las más amargas verdades. Toda desgracia, física ó moral, es digna de conmiseración; todo defecto físico debe producirnos un sentimiento de lástima; pero ninguno es tan terrible, ninguno produce tan honda impresión como el de la ceguera.

Seguir viviendo en el pleno uso de las facultades humanas y en una negra noche, que no ha de tener más término que la mayor negrura de la muerte; encontrarse apto para realizar cualquier empresa, y no poder intentar ni una; tener, ó haber tenido, condiciones para ser guía de propios y extraños, y hallarse convertido, á conciencia, en juguete de los demás... ¡es horrible! Mentira parece que no enloquezcan los ciegos.

Pero he aquí que, en vez de enloquecer, el hombre ó la mujer, falto de vista, opta por resignarse. La ley de las compensaciones obra el milagro, y desarrolla en el ciego el tacto y el oído; fórmase el enfermo como una nueva vida interior, reconcentra sus ideas, da rienda suelta más fácilmente á la fantasía, y termina por soñar despierto.

La noche, la eterna noche, la transforma en un luminoso día, sólo perceptible para su imaginación; los objetos reales—si no los conoció antes de su ceguera—los rodea de una grandeza y una vistosidad de que, por regla general, carecen; las acciones humanas, como las conoce á través de su mundo ideal, son por él idealizadas, y su cerebro, más en armonía con el corazón que con la vida externa, refleja cada vez más puros y nobles sentimientos. El ciego, entonces, llega á creerse feliz.

Ved, si no, á las ciegas del Arenal. Todas unen á su desgracia la de carecer de recursos para vivir, y sin embargo, si observáis durante un momento sus rostros, en los que el dolor dejó grabada su inconfundible huella, advertiréis en ellos una plácida sonrisa, mezcla de bondad y de resig-

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FUM.

nación, y si miráis sus ojos, comprobaréis con cuánta frecuencia los elevan al Cielo, como si hubiesen encontrado, en las más altas regiones, la luz que en la tierra les ha sido negada.

Las cinco merecen la misma simpatía y protección; tanto la jovenzuela, medio mujer, que hasta en los golpes que se da, inadvertidamente, al tropezar contra imprevistos obstáculos, encuentra motivos de alborozo, como la ancianita, á quien el peso de los años no quitó el buen humor para referir historias; tanto la hembra garrida, que, de tener vista, fuera el orgullo de su barrio, como la débil madrecita que, sentada en su silla de tijera, se pasa el día acariciando el ensortijado cabello de oro del niño que entre sus brazos no cesa de contemplarla... Pero es, acaso, más digna de compasión la otra: una señora enlutada, que comienza ahora su vejez y se encuentra en el mayor desamparo. Sobre el pecho lleva un papel con unas cuantas palabras: «Soy ciega y sorda. La desgracia de haber tenido un hijo, que me abandonó, llevándose cuanto poseía, me ha traído á esta situación»...

¿Será posible que haya seres humanos que cometan tan villanas acciones? ¿Será posible que un hijo abandone á su madre, sorda y ciega? Sin duda pensaría, al cometer su infamia, que la desgracia de su madre era tan grande que no habría quien se negase á ponerle remedio.

Así, cuando la ciega frunce sus labios con una leve sonrisa, para agradecer una limosna, dos lágrimas se desprenden de sus pupilas muertas. Y no es la ausencia de vista lo que la aflige en aquellos instantes. Es algo peor: es el recuerdo de sus más acendrados afectos, para siempre perdidos, y la comprobación de una vida de soledad y miseria. Es la aterradora noche del espíritu.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.

1916

VENTAJAS DE LA POPULARIDAD

La canción patriótica

La canción ha adquirido durante estos últimos años, en España, innegable desarrollo. Siempre ha habido—¿cómo negarlo?—canciones inspiradas en temas populares de las diferentes regiones, pero nunca han logrado la difusión que hoy tienen, ni han conseguido la aceptación unánime que ahora alcanzan por toda clase de públicos.

Débese ello, en cierto modo, á la influencia extranjera. De Francia—donde la canción tiene un ilustre abolengo, hasta el punto de haber dado ello origen á la conocida frase de que allí todo termina con canciones—vinieron las primeras cupletistas, que realizaron una verdadera transformación en el género análogo que entonces se cultivaba en España.

Pronto salieron artistas españolas que igualaron y aun superaron á las francesas; dieron á conocer repertorio nacional y extranjero, y el cuplé francés y la canción española no tardaron en triunfar por los escenarios.

Hoy el género de *varietés* se halla en España en todo su furor. Las cupletistas y bailarinas que á él se dedican ascienden á centenares, y conocidos de todos son los nombres de los escritores y músicos que se han dedicado á producir para este género y están obteniendo pingües beneficios.

Antes, para que una canción se hiciera popular, era necesario, con raras excepciones, que se hubiese dado á conocer en una de esas obras de género chico que tan bonitas partituras tenían, por regla general. Ahora no es preciso eso: el género de *varietés* tiene su repertorio y de él vive, mantenido por los llamados *reyes del pequeño derecho*.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.

Estos diminutos monarcas, entre los que figuran Martínez Abades, Larruga, Montesinos, Teglen y tantos más, han tenido el acierto de inspirarse en temas populares, y la suerte de encontrar, para la difusión de sus obras, artistas tan admirables como Pastora Imperio, *La Goya*, Raquel Meller, Amalia Isaura y otras muchas.

El Sr. Martínez Abades, por ejemplo, ha sabido inspirarse en motivos asturianos; ha logrado darles un sello de buen gusto, y en poco tiempo se ha hecho, en su esfera, tan popular como el más afamado compositor. Sus obras, como las de otros músicos del género, llegan á aturdir los oídos de tanto escucharlas á todo el mundo y á todas horas. Es la popularidad, la soñada popularidad, no alcanzada por todo el que la busca.

¿Quién no se ha desesperado este año oyendo en todos lados *El gitanillo* y el *Agua que no has de beber*? Pues, ¿y el año pasado con *S. M. el Schottis* y *Pastora ha vuelto*? El año que viene serán otras, que á fuerzas de oirlas se harán asimismo insoportables, y unos y otros nos taparemos los oídos para no escucharlas y... al cabo de un ratito, ¡tararearemos nosotros también interiormente!

El éxito de estas canciones está en la medula popular que tienen. Cantadas con alma por una artista, llegan inmediatamente al público y se apoderan de él.

Conseguido este resultado, se nos ocurre preguntar: ¿no habría medio de obtener algún fin práctico de este admirable medio de difusión de ideas y sentimientos?

En Francia y en Inglaterra, en Alemania y en Austria, las artistas de *varietés* no se limitan, ni se limitaban antes de la guerra, á llevar en sus repertorios canciones más ó menos graciosas y más ó menos frívolas: hermanaban la gracia con la conveniencia; la música alegre con la vibrante ó la sentimental. Cultivaban y cultivan, en suma, junto al cuplé picaresco, la canción patriótica.

¡Cuántas veces hemos visto en los escenarios de París á las artistas predilectas del público salir envueltas en los colores rojo, azul y blanco, para cantar conmovedoras ó alentadoras composiciones, en que se vulgarizaban ideas nobles y santas!

Claro que en Francia hay una porción de canciones patrióticas de todos estilos, y que los franceses cantan, sobre todo, con un himno nacional como la Marsellesa: claro que en Alemania, y en Inglaterra, y en Italia, sucede otro tanto; pero, por lo mismo, porque hemos visto el buen resultado que á los extraños les ha dado, debemos pensar en seguir sus huellas.

En España no tenemos cantos de esta clase. La famosa *Marcha de Cádiz* tuvo su momento, y por culpas que no eran suyas, fué pronto olvidada. Se ha abusado aquí, además, tanto del falso patriotismo —de la patriotería—, que quienes fueron sus campeones, se desacreditaron y llevaron á la gente la desconfianza.

Se impone, pues, una discreta reacción contra todo eso; una renovación, mejor dicho, de los altos sentimientos que en nosotros deben alentar.

Se ha estrenado en Valencia y en Zaragoza, con resonante éxito, un himno patriótico—*La canción del soldado*—, que á juicio de quienes lo conocemos, bien pudiera llegar á ser el canto nacional. ¿Lo será? De todas veras lo deseamos; pero es necesario algo más: es preciso que surja esa serie de canciones, inspiradas en el alma del pueblo y llenas de nobles ideas, que difundidas por nuestras graciosas artistas de *varietés*, lleguen al público, se apoderen de él y no deje de tararearlas, á su pesar, durante un año, por lo menos. Algo de lo que en Francia ha hecho esa deliciosa Mme. Buffet, que el año pasado nos cautivó en Madrid con sus canciones patrióticas...

¿Creéis que escuchando á la Raquel Meller una canción semejante, intercalada entre su repertorio, dejaría alguien de vibrar de emoción?

Los compositores españoles—los del grande y los del pequeño derecho—tienen la palabra.

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw/ Biblioteca. FJM.

Enero 1919

AL LLEGAR EL NUEVO AÑO

EL MEJOR REGALO

«—Es inútil que intentéis disculparos. Ni ante mí ni ante el mundo podréis hallar argumentos que justifiquen vuestra conducta. Habéis contemplado impasibles cómo se despedazaba la Humanidad, cómo se desencadenaron increíbles odios, cómo se produjeron desgracias sin cuento... No puedo perdonaros. Caiga sobre vosotros mi anatema.»

La voz débil, pero clara, de la vieja, vibraba implacable allá en el fondo de la gruta, donde la Madre Historia escondió su veterana existencia.

Frente á la anciana, sin atreverse apenas á balbucir palabras, sometíanse sumisos á su juicio cuatro recios guerreros, en cuyas diestras manos relucían espadas aún tintas en sangre. Cada uno tenía tras sí una escolta de doce capitanes; cada capitán una tropa de treinta soldados.

Los cuatro caudillos—los cuatro años de la Historia por los que desfiló primeramente la guerra más enconada que producirse pudo—terminaron por confesar su cobardía: no habían tenido valor ni fuerzas suficientes para oponerse á las balas de los hombres del mundo. Y allí estaban, vencidos, dispuestos á acatar el fallo de la vieja Madre.

A un lado, el interminable coro de ancianos venerables, ya dedicados á vivir del recuerdo, murmuraba; al otro, un grupo de adolescentes, alentados por la ilusión del porvenir, se rebullía cuchicheando.

Sonaron de repente dos golpes en la entrada de la gruta. Poco después aparecía ante los reunidos un nuevo personaje. Era, como los anteriores, guerrero; pero su uniforme había sido destrozado en singular combate, y á su espada había sustituído una vara florida. En su frente resplandecía la satisfacción del deber cumplido.

—Bien llegado seas, hijo mío—exclamó la vieja—, que ya me tenías inquieta con tu tardanza. ¿Qué fué de ti?

—Yo—respondió el Año que acababa de terminar su misión—he sido más feliz que mis hermanos. He conseguido pacificar el mundo; he logrado establecer la Justicia; he dejado una era de dicha á mi sucesor.

—¿Y quién será tu sucesor?

—¡Yo!—exclamaron á un tiempo todos los esperanzados jóvenes.

Escogió la vieja al que le pareció más digno de tan prometedor reinado; dióle sanos consejos, fruto de su indiscutible experiencia, y llenóle las alforjas de felicitaciones; que nada más necesitaba repartir quien sólo había de encontrar en su ruta seres venturosos.

Y mientras el elegido se encaminaba á la faz de la tierra, en la gruta fué todo homenaje al recién llegado.

Cuentan que el caminante, un tanto impaciente, se dió buena prisa en su andar, y llegó al mundo muy de madrugada. Algo le asombró oír por Oriente unos cañonazos; pero tranquilizóse pronto, pensando en que bien pudieran ser salvas en su honor.

Dos labradores no tardaron en mostrarle la realidad. El mundo, en efecto, había despertado de su pesadilla durante el reinado del año anterior, mas no era feliz todavía. No bastaba la rama de olivo de la blanca paloma que se había posado en el hombro del viajero.

El muchacho escuchó éstas y otras razones sensatas, y no dudó más. Trazó sobre un pliego de papel unos renglones, y los envió á su vieja Madre con la paloma.

La respuesta no se hizo esperar. Habían salido de la mágica gruta, para que el nuevo año los repartiese por el mundo, trigo y harina para aquietar las hambres, agua del olvido para calmar los rencores, llamas ingentes para purificar las ideas...

Y mientras el Año nuevo se disponía á completar la obra de su hermano mayor, la vieja Historia encabezaba con el nombre del joven nuevo una nueva página de su libro inmortal.

GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw, Biblioteca. FJM.

1 Enero 1926

Romance del niño nuevo

«Duérmete, niño hermoso
recién nacido;
duérmete hasta mañana.
¡Duérmete, niño!»

Todo es frío: en el paisaje
y en las almas; todo es frío.
Se arropan las altas cumbres
con densas capas de armiño,
convertidas en jirones
por árboles y por riscos;
no suena la voz del agua,
no canta el ave en su nido;
están ceñudos y tristes
las encinas y los pinos,
como soldados inmóviles
en lid absurda vencidos;
solitarias las praderas
y desiertos los caminos.
Sólo un hombre, cuyas trazas
son de serrano y mendigo,
se aventura por el monte,
con paso firme y tranquilo.
Ni la nieve le acorbada,
ni halla en el cierzo peligro.
Va fatigado, y sonríe;
que en su hogar le espera el hijo
y, al pensar en él, ya suena
dulcemente en sus oídos
la tierna voz de la madre,
que vuela como un suspiro:

«Duérmete y no me llores,
tesoro mío.
Duérmete hasta mañana;
¡duérmete, niño!

Todo es frío: en el paisaje
y en las almas; todo es frío.
El hogar del niño nuevo
es, más que modesto, mísero.
En un rincón, unas brasas
dan sus últimos quejidos.
Un guitarro, compañero
de días de regocijo,
yace arrumbado y sin cuerdas
entre el polvo y el olvido:
¿dónde fueron sus acentos
tan sonoros y bravíos?
El niño llora; los padres
le contemplan, pensativos,
y en sus miradas se funden
la inconsciencia y el cariño.
Sin trabajo y sin hacienda,
¿qué han de poder dar al hijo?
Ser que nace en mala hora,
bajo tan tristes auspicios,
¿podrá ser feliz un día?,
¿podrá cumplir su destino?
¿Dudan los padres? No dudan,
que se han quedado dormidos,
confiando en que del cielo
llegue el necesario auxilio.
Suena un toque de campanas
en un convento vecino.
¿Tocan a gloria? ¡Qué tristes
y elocuentes sus sonidos!:
«Duérmete, niño hermoso,
recién nacido.
¡Duérmete y no despiertes!
¡Duérmete, niño!»
Todo es frío: en el paisaje
y en las almas; todo es frío.

Guillermo FERNÁNDEZ-SHAW

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FAM.

29 Marzo 1929

(Semana Santa)

—

DOLOROSA

¡Oh, concepción excelsa del más tierno
de los amores y del más profundo!
Tu cuerpo virginal se hizo fecundo
para ser cifra del amor materno.

Tu amor de madre—dulce sol de invierno—,
que solloza ante el Hijo moribundo,
pero es firme a la vez, muestra ante el mundo
todo el valor sublime de lo Eterno.

Por él, por este amor, las siete espadas
que en tí clavadas para siempre han sido,
brillan, con viva luz, glorificadas
ante los ojos de los pecadores.
¡Si Dios no hubiese al mundo redimido,
lo redimieras tú con tus dolores!

GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. FOM.